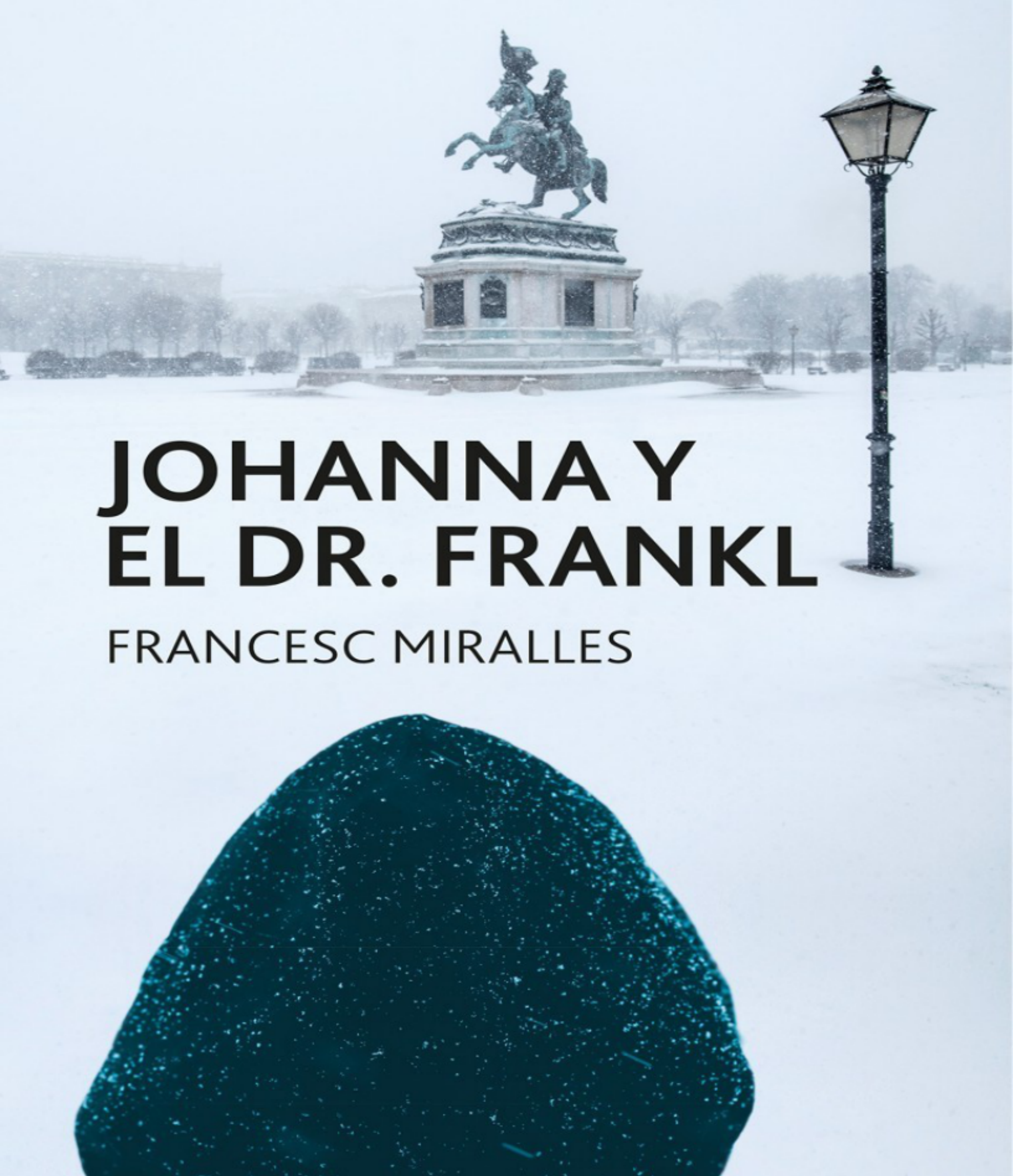

JOHANNA Y
EL DR. FRANKL
FRANCESC MIRALLES
edebé

periscopio

# JOHANNA Y EL DR. FRANKL

FRANCESC MIRALLES

# JOHANNA Y EL DR. FRANKL



edebé

Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

*Directora de Publicaciones*: Reina Duarte
*Editora*: Elena Valencia
*Coordinación de producción*: Elisenda Vergés-Bo
*Diseño de colección*: Book & Look
*Fotografía de cubierta*: Shutterstock

ISBN: 978-84-683-6848-1

*«El mundo no desaparecerá porque hay demasiados humanos, sino porque hay demasiados inhumanos».*

PROVERBIO JUDÍO

# 1. El hombre de las gafas

Mientras esperaba en la barra del Café Mozart, Johanna observaba nerviosa sus zapatos. Se había puesto tres pares de calcetines para compensar que le iban demasiado grandes. No había podido conseguir otros. A pesar de haberlos limpiado a conciencia, se notaba que eran viejos, igual que el vestido de lino que le había prestado su vecina.

El encargado le había prometido que haría la prueba enseguida, pero había pasado tanto tiempo que la aspirante a camarera temía que se hubiera olvidado de ella. Para distraerse, fijó la mirada en un periódico que descansaba sobre el mármol.

El *Wiener Kurier* del 11 de septiembre de 1948 informaba de los casi cien heridos en accidentes de tráfico a causa de las fuertes heladas que habían azotado la capital de Austria. Sus ojos claros bajaron hasta la fila inferior de los anuncios. Sabía que nada de lo que se ofrecía allí estaba a su alcance, pero le gustaba soñar.

—Señorita Müller —dijo una voz estridente.

Asustada, levantó la cabeza mientras se le encendían las mejillas. El encargado acababa de depositar encima del mármol una bandeja con dos tazas de café y una jarrita de leche.

—Son para la primera mesa a la izquierda de la puerta. No haga esperar a los señores.

Seguida por aquel hombre grueso que no parecía haber pasado una guerra, Johanna avanzó insegura. Sujetaba la bandeja con las puntas de los dedos, tal como le habían enseñado. Mientras se dirigía a hacer su primer servicio, admiró de reojo los manteles blancos y los elegantes sofás tapizados.

La clientela estaba formada por hombres de negocios que devoraban sus periódicos, oficiales norteamericanos y alguna familia que quizás había hecho fortuna con el estraperlo.

Johanna se apresuró hacia la mesa donde iniciaría su día de prueba. La ocupaban dos clientes impecablemente vestidos que hablaban con expresión seria. El más viejo revisaba un montón de fichas al tiempo que escuchaba a un hombre con gafas ya entrado en la cuarentena.

Su corazón palpitaba muy fuerte al llegar a su destino, instantes antes del desastre.

Un niño pequeño surgido de la nada se le atravesó justo entonces y le hizo perder el equilibrio. Sin que pudiera evitarlo, la bandeja descendió como el Titanic, tirando por la borda una de las tazas de café.

Antes de romperse en el suelo, una ola de líquido oscuro se deslizó por la camisa blanca del hombre de las gafas, que dio un respingo hacia atrás.

Como si todo el servicio hubiera presenciado aquella desgracia, un montón de manos con servilletas se inclinaron sobre la mesa para intentar poner remedio a lo que ya no lo tenía.

Temblando de arriba abajo, a Johanna no le salían las palabras. Para rematarlo, la voz del encargado sonó como un trueno:

—¡Estúpida! ¡Vete ahora mismo!

A pesar de la catástrofe, agradeció estar a dos pasos de la puerta. Al menos se ahorraría la humillación de desfilar delante de toda la clientela.

Al salir a la calle, la recibió una ráfaga de frío helado. Caminando con aquellos zapatos demasiado grandes —los únicos que tenía—, de repente sintió que le fallaban las piernas. Se dejó caer sobre una jardinera vacía y, con la cara entre las manos, se echó a llorar.

Los gemidos salían de su interior como un río de dolor sin final.

Hasta que notó un ligero peso en la espalda.

Era una mano.

Al abrir los ojos llenos de lágrimas, descubrió, avergonzada, que era el hombre de las gafas. El mismo señor al que había desgraciado la camisa se encontraba ahora inclinado sobre ella.

—No sufras por mi camisa —le dijo en un tono de voz suave—. Haré que la limpien y, hasta entonces, tengo otra.

Johanna no podía parar de llorar. Le habría gustado gritarle que quizás él tuviese otra camisa, pero ella no tendría otra oportunidad de conseguir un trabajo para llevar dinero a casa. Había arruinado su única salvación.

—La vida es un asco —le salió del alma decirle—. Gracias por ser tan amable conmigo, pero el mundo es un lugar horrible en el que no vale la pena...

En ese momento empezó a sollozar y el hombre de las gafas preguntó:

—¿Qué es lo que no vale la pena?

—Vivir.

Él sacudió la cabeza ligeramente, desaprobando aquellas palabras. A pesar del frío extremo que había vaciado las calles, no parecía tener prisa por irse.

Con ese mismo tono de voz, amable y paciente, le preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—Acabo de cumplir dieciséis.

Como respuesta, él sacó una tarjeta del bolsillo interior del abrigo y se la tendió a la chica.

—Ven el lunes por la tarde. Te estaré esperando en esta dirección.

Johanna respiró profundamente, sin entender nada de lo que estaba pasando, hasta que al final se atrevió a preguntar:

—¿Piensa ofrecerme un trabajo?

El hombre de las gafas esbozó una sonrisa triste antes de contestar:

—No, pero quizás te dé algo mejor.

Dicho esto, regresó al café donde debía de estar esperándole el señor mayor. Johanna miró con curiosidad el nombre en la tarjeta que acababa de recibir: *Dr. Viktor Frankl.*

# 2. La caja verde

Desde que habían vuelto a Viena, Johanna tenía la sensación de que todo lo que estaba viviendo era una pesadilla de la que en algún momento se despertaría. Mientras caminaba por las calles, a veces cerraba los ojos con fuerza. Quería hacer desaparecer aquello en lo que se había convertido su mundo desde el final de la guerra.

Pero el paisaje de la desolación seguía allí.

Pasó por al lado de la Ópera en ruinas, en medio de un grupo de soldados extranjeros. Una viejecita mal abrigada buscaba dentro del edificio alguna cosa que se pudiera vender.

Aquello era Viena. La que un día había sido la ciudad más deslumbrante del mundo ahora solo ofrecía hambre, pobreza y destrucción.

Al llegar a su casa —si se le podía llamar así— en *Auerspergstrasse*, el corazón volvió a latirle con fuerza. ¿Qué le diría a su madre? La mujer había tenido que suplicarle mucho a un proveedor del Café Mozart a quien conocía para que la aceptasen para la prueba.

Maldijo a aquel niño malcriado que le había cortado el paso y un futuro más soportable.

Tras empujar la puerta de su apartamento en los bajos, que aún tenía una de las ventanas sellada con maderas, cruzó el pequeño comedor. La calefacción era casi inexistente, por lo que no se quitó el viejo abrigo heredado de su abuelo.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta, así que Johanna se acercó para ver si su madre estaba en la cama. Desde la muerte del padre en el frente, pasaba más tiempo dormida que despierta. Y tampoco entonces estaba muy presente. Aquella mujer alegre y parlanchina se había convertido en una extraña.

Ya casi nunca charlaban, aunque Johanna muchas veces la pillaba hablando sola a un interlocutor inexistente.

Aquella tarde la encontró sentada en la cama, con las manos posadas encima de una caja verde que ella nunca había visto. Al verse descubierta, la madre corrió a cerrar la puerta. Eso avivó aún más su curiosidad.

Un minuto después salía de la habitación con aquella bata de terciopelo gris que nunca se quitaba.

—No me han dado el trabajo —disparó Johanna, que no estaba dispuesta a explicar lo que había pasado.

La madre la miró aletargada, como si no esperara otra cosa que lo que estaba oyendo. Le acarició la media melena rubia y le pasó el dedo por la cara ovalada.

—Lo has intentado, hija. Seguro que han contratado a alguien con mejores contactos. Hay tanta gente sin trabajo...

—Seguiré buscando.

Sus propias palabras le sonaban falsas, pero no quería mostrar ante su madre que estaba tan hundida como ella.

Después de esto, se sentó en el sofá trillado, al lado de la única ventana del salón. El denso cielo de diciembre oscureció sus ojos claros.

# 3. El dilema

Johanna temblaba de frío debajo del abrigo. Estaba haciendo cola para cambiar el último cupón de la *Brotkarte*, la cartilla para obtener una pequeña ración de pan. Había una veintena de mujeres y ancianos delante de ella, cosa que no aseguraba que quedaran existencias cuando le tocara su turno. Más de una vez había tenido que volver al día siguiente para recibir aquella ayuda de supervivencia.

Con las manos en los bolsillos, rogaba para que la fila avanzara un poco más ágilmente cuando se fijó en un chico joven, a una decena de metros, que se paraba a hacer una foto. Supuso que era un periodista de los que cubrían la Viena de posguerra. Los diarios estaban repletos de reportajes sobre la miseria cotidiana.

Tras guardar la cámara en su funda, aligeró el paso en dirección contraria al almacén. Entonces Johanna lo vio.

El chico de la cámara resbaló y se habría partido la cabeza de no ser por un árbol pelado al que logró agarrarse en el último instante. Cuando siguió andando, ella se fijó en un objeto negro y cuadrado que se había quedado en el suelo.

Abandonó la cola para echar a correr, resbalando un par de veces, hacia lo que resultó ser una cartera. El joven estaba de espaldas esperando cruzar la calle, que en aquel momento atravesaban una hilera de convoyes militares.

Curiosa por naturaleza, antes de devolvérsela, abrió la cartera. Un permiso de conducir revelaba que su propietario era norteamericano. En el otro lado de la cartera había un billete de cien chelines, además de cuarenta dólares.

Por unos segundos, Johanna dudó sobre lo que debía hacer.

El sentido común le aconsejaba quedarse con el dinero y tirar la cartera en cualquier sitio. Con ese dinero podría adquirir comida en el mercado negro, incluso cosas que no estaban a su alcance con la cartilla de racionamiento. Había muchos artículos que solo tenían las fuerzas de ocupación, y aquellos dólares los podían comprar.

Además, la cartera pertenecía a un invasor, del país que había bombardeado su ciudad día y noche, matando a muchos vecinos, familiares y amigos. Su madre le había dicho que su padre había caído en manos de los rusos, pero de hecho era lo mismo. Los cuatro

ejércitos que se dividían Viena los habían humillado y convertido en esclavos del hambre. Quizás aquel desvergonzado que había hecho la foto en la cola del pan era un militar de paisano.

Aquello era ya motivo suficiente para no devolverle el dinero, pero, mientras el chico cruzaba deprisa la calle bajo el viento helado, Johanna se lo repensó. Aunque la cartera fuera de un hijo del demonio, ella jamás le había robado nada a nadie. Sabía que, si se quedaba con ello, se sentiría mal. Incluso peor de lo que ya se sentía.

Siguiendo aquel último impulso, también ella se apresuró a cruzar la calle, vigilando dónde pisaba con aquellos zapatones para no acabar en el suelo.

Consiguió alcanzarle cuando el joven estaba a punto de tomar el tranvía. Le gritó de tal manera que este se giró asustado. Al ver que aquella chica agitaba su cartera, se llevó las manos a la cabeza y corrió hacia ella.

—¡Dios te bendiga! —le dijo en un perfecto alemán.

—¿Cómo es que hablas mi idioma? —le preguntó Johanna mientras le devolvía la cartera.

El tranvía arrancó, pero a él no pareció importarle.

—Mi abuela de Ohio era inmigrante alemana y siempre me hablaba en su idioma. Lo he ido estudiando para no perderlo. ¿Tanto se nota que soy extranjero?

A Johanna le habría gustado decirle que sabía que era norteamericano, y que había más dinero en aquella cartera del que tenían ella y su madre para pasar todo el mes, pero se limitó a contestar:

—Aquí en Viena hablamos distinto.

—Lo sé. —Sonrió—. A veces me cuesta entender lo que decís.

A continuación, rebuscó en sus bolsillos. Johanna esperaba que le diera algo de dinero como agradecimiento por haberle entregado la cartera, pero su mano dentro del guante agujereado recibió una chocolatina en su envoltorio *Made in USA*.

—Gracias de nuevo —dijo él antes de despedirse—. *Gruss Gott*[1]*!*

El joven norteamericano, que era alto y delgado, subió a otro tranvía dejando a Johanna ahí plantada.

Casi arrepentida de lo que había hecho, regresó a la cola del pan, a la que se habían añadido media docena más de mujeres.

Cuando solo faltaban dos personas para que le tocara el turno, el funcionario anunció que se habían acabado las raciones y que tendrían que volver otro día.

# 4. ¿Qué sentido tiene todo esto?

Sin saber muy bien por qué lo hacía, aquel lunes por la tarde, Johanna fue a la dirección de la tarjeta. El domicilio del doctor Frankl estaba en *Mariannengasse* número 1, en un edificio burgués del noveno distrito.

Al subir las escaleras, se dio cuenta de que aquella construcción se encontraba en bastante buen estado, en comparación con el nido de ratas en el que vivía con su madre. Tras pulsar el timbre, aguardó en el pequeño rellano.

Abrió una mujer de ojos oscuros con el pelo recogido. Le pareció muy guapa, como las actrices de las películas que iba a ver con el abuelo antes de la guerra. Al decirle quién era, la mujer se presentó:

—Soy la esposa del doctor Frankl. Ya me ha avisado de que vendrías… —La miró de arriba abajo con simpatía y añadió—: Puedes llamarme Eleonore.

A continuación, la guio por un pasillo hasta un pequeño salón donde el hombre de las gafas estaba leyendo un manuscrito. Su mujer lo avisó golpeando suavemente la puerta ya abierta.

Viktor espabiló de golpe y se levantó para dar la mano a su visita, a quien invitó a sentarse en una butaca.

Incómoda, Johanna fijó la mirada en una fotografía apoyada en un pequeño escritorio. Mostraba a aquel mismo hombre, con sus gafas, haciendo escalada, con la cuerda atada al arnés, por una montaña casi vertical.

—¿Y bien? —dijo él con una sonrisa.

—No sé qué hago aquí. Usted es psiquiatra, por lo que he leído en su tarjeta.

—Exactamente.

—Entonces me he equivocado viniendo. Estoy desesperada, pero no loca. Aún no —precisó levantándose—. Además, no tengo dinero para pagarle.

—Le ruego que se siente, señorita. Podrá irse cuando quiera, pero antes me gustaría explicarle un par de cosas. La primera es que no pienso cobrarle ninguna visita. Soy el jefe de neurología del Hospital Policlínico, que se encuentra en esta misma calle, y me gano bastante bien la vida.

Johanna respiró fuerte, intentando controlar su ansiedad.

—Podrás venir siempre que quieras, si me permites tutearte... —ella asintió con la cabeza—, pero sin ninguna obligación. ¿De acuerdo? El sábado en el café me quedé preocupado.

—Estaba devastada. Siento mucho haberle...

—¡Olvídate de la camisa ahora! —dijo estudiándola con sus ojos pequeños a través de las gafas metálicas—. Es un trozo de tela y nada más. ¿Recuerdas lo que me dijiste al final de nuestra conversación, mientras nos pelábamos de frío?

—No me acuerdo —dijo ella antes de morderse el labio—. Solo sé que estaba furiosa, conmigo misma y con la vida, por haber perdido la oportunidad de trabajar en el Café Mozart.

El doctor Frankl juntó las manos y dijo:

—Llegarán otras oportunidades. Y mejores que aquella, solo tienes dieciséis años. Por cierto, yo sí recuerdo lo que dijiste.

Johanna lo observaba ahora con expectación.

—Dijiste que no vale la pena vivir. Me gustaría saber cómo has llegado a esa conclusión.

—Bien... Lo entenderá enseguida, doctor Frankl. —Tragó saliva antes de continuar—. Desde la muerte de mi padre en la guerra, siento que camino sobre el vacío. Soy hija única y estaba muy unida a él. Con mi madre me entiendo menos y ahora está totalmente trastornada. Es como si no estuviera.

—Tu madre sufre seguramente lo que llamamos síndrome postraumático de la guerra, sumado al duelo por su marido. Necesitará un tiempo para volver a encontrar su lugar en el mundo, pero con la ayuda y la actitud adecuadas lo conseguirá.

—Eso es fácil de decir —contestó ella, desafiante—. Las cosas se ven distintas cuando vives en una casa sin cristales en las ventanas, pasando hambre cada día y sin ninguna esperanza de futuro.

—Johanna, no es muy propio de un terapeuta explicar su vida, pero, si me das permiso, me gustaría resumirte la mía. ¿Puedo?

—Claro...

—Por el mero hecho de ser judío, durante la guerra pasé por cuatro campos de concentración. Allí asesinaron a mis padres, a mi hermano y a muchos amigos. Y lo peor de todo fue cómo murió mi primera mujer. Resistió viva hasta el día de la liberación. Cuando se abrieron las puertas, estaba tan débil y desnutrida que con la estampida cayó y le pasaron centenares de personas por encima. Así fue su muerte. Créeme, sé lo que es perder.

Johanna estaba paralizada en la butaca. Había oído historias sobre las deportaciones, pero hasta ahora nunca había estado delante de una víctima. Al verlo tan elegante en el café, nunca hubiera pensado que era uno de ellos.

Notando su perturbación, el doctor Frankl intervino:

—Te pido disculpas por haberte explicado mi drama personal, cuando eres tú a quien corresponde hablar. Lo he hecho solo por un motivo. Y con esto acabo la historia: al volver a Viena, en 1945, estaba totalmente deshecho. No tenía ganas de vivir y no paraba de decirme: «¿Qué sentido tiene todo esto?». ¿Verdad que tú también te haces esta pregunta?

Con un nudo en la garganta, Johanna asintió con la cabeza.

—Pues por eso estás aquí —concluyó entusiasmado—. Vienes a encontrar el sentido de tu vida.

—¿Y si no tiene ningún sentido?

El doctor Frankl se recolocó las gafas encima de la nariz. Sus ojitos parecían encendidos por aquella pregunta.

—Si no tiene sentido, deberemos encontrárselo.

—¿Y cómo se hace eso?

—Buscando un propósito en la vida, una misión personal —explicó el terapeuta—. Cuando lo encuentras, dejas de sentirte vacío. Aunque las cosas vayan mal, sientes una fuerza que te empuja a superar cualquier obstáculo. Eso es lo que pasa cuando tienes un porqué.

Johanna se quedó pensativa. Estaba a punto de hacer una pregunta cuando el doctor la interrumpió:

—Explícame algo significativo que te haya pasado hoy.

Tomada por sorpresa, no tuvo que pensar mucho para explicarle la historia del fotógrafo norteamericano y su cartera.

—¿Y cómo te has sentido después de hacer lo correcto, Johanna? —le preguntó Viktor Frankl.

—No le sabría decir. Quizás no debería haber sido tan generosa con un invasor.

—Sencillamente, le has devuelto lo que era suyo.

—Sí…, pero no tenía por qué hacerlo. Al fin y al cabo, ellos nos lo han quitado todo.

Viktor miraba fascinado a su nueva paciente, sin emitir ningún juicio sobre esta última afirmación. Esperó a que ella recuperara una pregunta que quería haberle hecho unos minutos antes:

—Doctor Frankl, antes ha dicho que para dar sentido a mi vida debo encontrar cuál es mi propósito, mi misión.

—Exactamente.

—Pero… ¿y si no tengo ningún propósito?

El hombre dejó caer sus manos sobre las piernas al declarar:

—En ese caso, jovencita, te regalaré un propósito. A partir de este momento, el propósito de tu vida será descubrir cuál es tu propósito.

# 5. Antes estaba ciego y ahora puedo ver

Con la *Brotkarte* en el bolsillo, Johanna hacía cola desde primera hora de la mañana. Su cabeza, cubierta por un gorro de lana demasiado fino, no dejaba de darle vueltas a la conversación de la tarde anterior. Sin embargo, esto no significaba que tuviera esperanzas. Entendía lo que le había dicho el doctor Frankl, pero lo cierto era que no sabía por dónde empezar la búsqueda.

Se sentía como en un desierto inmenso y helado, en el que resultaba imposible distinguir ningún camino. Cualquier paso que diera era como caminar por la nada.

¿Por dónde empezar?

Después de recibir, esta vez sí, la menguada ración de pan, Johanna rehízo cabizbaja todo el camino a casa. Quizás porque miraba al suelo para no resbalar, no se dio cuenta de que alguien caminaba a su lado hasta que aquella voz aterciopelada le habló:

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí?

Johanna se levantó un poco el gorro de lana para descubrir que era el chico de la cámara, el extranjero con una abuela alemana en Ohio. Por algún motivo, parecía muy contento.

—Creo que ayer no te agradecí lo suficiente que me devolvieras la cartera. Tu gesto tiene un valor especial en estos tiempos de mierda.

Esto último la sorprendió. Aun así, no pudo evitar decir:

—En cualquier caso, lo son para nosotros. A ti no te falta de nada, y cuando acabes tu servicio volverás a tu país, donde no cayó una sola bomba.

—Cierto, pero te quiero aclarar algo, chica como-te-llames: yo no estoy aquí de servicio. Mi padre es ingeniero del Ejército norteamericano y me ha traído con él porque no tengo más familia.

—Y por eso vas haciendo fotos a desgraciados como yo, ¿no? Te debes de aburrir mucho en Viena.

—¡En absoluto! Venir aquí, en lugar de empezar la universidad, es la mejor decisión que he tomado nunca. Como dice el Evangelio de san Juan, *«Todo lo que sé es esto: antes estaba ciego y ahora puedo ver».*

Johanna lo miró interesada. Quizás sí que había juzgado mal a aquel yanqui —sabía que en la lengua comanche quiere decir *cobarde*

— y, además de no ser soldado, tal vez iba para cura.

Mientras se miraban sin decirse nada, una ráfaga de viento con polvo de nieve amenazaba convertirlos en estatuas de hielo.

—Hace un frío horrible, chica como-te-llames. ¿Te puedo invitar a un café? Conozco al propietario del Hawelka y siempre me dan algún extra.

Ella dudó unos instantes. Por todo el daño que habían hecho los americanos, sabía que no debía aceptar aquella invitación, por mucho que procediera del desocupado hijo de un ingeniero. No tenía que hacerlo, pero al fin respondió:

—De acuerdo. Por cierto, me llamo Johanna.

Los ojos marrones de él se iluminaron mientras le daba la mano con el guante y decía:

—Yo me llamo Miles.

# 6. Café Hawelka

El lugar donde Johanna tendría la primera cita de su vida, si se podía llamar así, se encontraba en el número 6 de *Dorothergasse*. Sabía por su madre que ocupaba el local en el que antes había estado un bar llamado *Je t'aime*.

—Este es uno de los pocos cafés que estaban en activo al terminar la guerra —le explicó Miles—, quizás porque el edificio quedó milagrosamente intacto. Reabrió en otoño de 1945, después de que Leopold regresara del frente. Lo dirige junto a su mujer, Josefine. Se hicieron amigos de mi padre, que venía aquí cada día desde que lo destinaron a Viena.

—Entonces, a lo mejor encontramos a tu padre aquí dentro... —dijo ella, inquieta.

—Seguro que no. Está dirigiendo las obras de reconstrucción de un puente.

Aquel espacio agradable y un poco oscuro hizo entrar en calor a Johanna, que a pesar de las múltiples capas de calcetines tenía los pies congelados. Los sofás de rayas rojas y blancas estaban ocupados por gente que hablaba ruidosamente con la taza en la mano.

Un hombre de expresión seria, que resultó ser Leopold Hawelka, saludó a Miles. A continuación, los guio hasta un rincón del local recubierto de cuadros con grabados.

—¿Quieres un chocolate caliente?

Johanna aceptó, pensando que la invitaba el mismo chico que el día anterior le había dado una chocolatina. ¿Es que los norteamericanos no toman otra cosa?

Aun así, cuando las tazas aterrizaron sobre la mesa de mármol, su estómago ronroneó. No recordaba la última vez que había tomado aquella delicia.

Tal como había predicho Miles, la bebida caliente vino acompañada de una pequeña porción de *Apfelstrudel*[2] con dos cucharitas. Tras dar un sorbo al chocolate, cuando estaba a punto de hundir la cucharita en el pastel, Johanna se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿No te gusta?

—Me encanta, pero creo que le llevaré mi mitad a mi madre. No es

justo que yo pueda gozar de esto y ella no.

—Te vas a llevar una ración extra para ella, te lo prometo. Ahora come, por favor.

Mientras el estallido de sabores la transportaba a otro mundo, uno mucho más amable antes de que todo se derrumbase, Miles le explicó su historia. Sin ser tan terrible como la suya, era bastante triste.

Su madre, que era alcohólica, los había abandonado cuando él tenía tres años. Casi no conservaba ningún recuerdo de ella. Aparte del padre y de la abuela materna, que vivía sola a más de mil kilómetros de Boston, donde estaban ellos, no tenía ningún otro familiar. El abuelo paterno había muerto en combate en la Primera Guerra Mundial y su esposa no le había sobrevivido más de una década.

Su padre había sido destinado a Austria en 1945 para participar en tareas de reconstrucción. Él se había quedado en Boston, bajo la tutela de una familia vecina, hasta acabar el instituto. Después había volado para reunirse con su progenitor.

—Podrías haberte quedado en casa e ir a la universidad —comentó ella con los labios manchados de azúcar glasé—. Ya eres mayorcito.

—Sí, pronto cumpliré diecinueve años. Pero no quería estar más tiempo en Boston y, si te soy sincero, todavía no sé qué quiero hacer con mi vida. Estudiar por estudiar, sin haber descubierto aún qué es lo que me apasiona, me parece absurdo.

—Te entiendo... —dijo ella, reflexiva.

Durante todas sus explicaciones, se había fijado en que Miles tenía la piel ligeramente pecosa. Quizás tenía algún antepasado pelirrojo. Su cabello oscuro y ondulado enmarcaba unas facciones de líneas rectas y definidas que lo hacían parecer más mayor.

—Pero no te he hecho venir aquí para hablar de mí —dijo él de repente.

Johanna lo miró sin saber a qué venía aquello.

—Lo que me gustaría es que tú me explicaras tu historia con todo detalle.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó, sorprendida, mientras se limpiaba los labios con la servilleta.

—Intentaré explicártelo. Durante los tres años que pasé solo en Boston, antes de venir aquí, no paraba de preguntarme qué quería hacer con mi vida. No me atraía ninguno de los futuros que imaginaban mis amigos, que solo piensan en ganar dinero y comprarse un coche mejor que el de su padre. No, yo quería hacer algo más que eso.

—¿A qué te refieres?

—No sé, cualquier cosa que marque la diferencia. Quiero aportar algo que el mundo necesite. Por ese motivo iba por Viena retratando

la dureza de la posguerra. Pensaba hacer un reportaje, ofrecerlo quizás a alguna revista para que la gente entienda el sufrimiento de los austríacos, pero... —sus ojos marrones la atravesaron— ahora que te he conocido, mi idea ha evolucionado hacia algo mejor.

Johanna lo miraba asustada, sin saber qué pensar de aquel chico, que continuó:

—Mi profesor de literatura dijo una vez que explicar la historia de todo el mundo es como no explicar la de nadie. En cambio, la vida de una sola persona puede incluir la de todo un pueblo. Y me gustaría que esa persona fueses tú.

—Tengo que pensármelo... —dijo incómoda—. No sé si me gusta la idea de que escribas sobre mis desgracias. ¿Qué me darás a cambio?

Miles sonrió, satisfecho, antes de contestar:

—Casi no tengo dinero, solo una pequeña asignación que me da mi padre, pero te invitaré cada día a merendar. Y, cuando acabemos, siempre te daré algo para tu madre. ¿Qué te parece?

Tras pensarlo unos instantes, Johanna dijo:

—De acuerdo.

# 7. La libertad última

Johanna no podía apartar la mirada de aquella foto que reposaba en el escritorio del doctor Frankl. Por la postura del cuerpo y la mirada atenta hacia la cima de la montaña, se notaba que Viktor no era alpinista. A pesar de todo, subía por aquella pendiente vertiginosa.

Los golpecitos suaves de un lápiz contra un cuaderno la hicieron regresar al salón del terapeuta, que la observaba con una sonrisa afable.

—Te noto cambiada —dijo—. Incluso tienes más color en la cara.

Estuvo a punto de contarle que venía de tomar un chocolate caliente con un trozo de pastel, como habría hecho antes de la guerra, pero prefirió callar. Como si le hubiera leído el pensamiento, el hombre comentó:

—Ayer, cuando te fuiste, estuve pensando en lo que me dijiste del soldado y la cartera.

—No es soldado —corrigió ella, delatándose.

—No importa, el chico norteamericano. Podrías haberte quedado el dinero y preferiste devolvérselo. ¿Te das cuenta de lo que quiere decir eso?

—¿Que soy tonta?

Johanna se arrepintió inmediatamente de haber dicho aquello, pero el médico se rio ante aquella salida.

—Quiere decir que eres libre.

—No entiendo qué tiene que ver la libertad con eso...

—Mucho más de lo que imaginas. —Frankl se levantó para acercarse a la ventana; se había abierto un claro entre las nubes—. Imagina que te encuentras en una situación dramática en la que no puedes decidir absolutamente nada de lo que te pasa. Eres prisionera de unos hechos que no controlas, como tu padre cuando fue llamado a la guerra, o cuando los judíos fueron enviados a los campos de exterminio. ¿Es posible ser libre en estas circunstancias?

—No —contestó, convencida.

—Pues permíteme que te lleve la contraria, porque incluso cuando te encuentras en el infierno, hay una libertad última que nadie te puede arrebatar. Y es escoger tu actitud ante lo que te ha tocado vivir. Eso es lo que hiciste al encontrar la cartera del invasor, como lo has

llamado. Muchos pensarían que solo había una manera de actuar: quedarte con el dinero como una pequeña venganza, pero tú demostraste que eres libre actuando según tu voluntad. No dejaste que los prejuicios marcasen tus actos, sino que diste voz a tu corazón.

Johanna escuchaba impresionada —y un poco escéptica— estas palabras. Nunca se había considerado especialmente generosa. No más que otras personas, en cualquier caso.

—Hay algo que quiero preguntarle desde que el otro día me explicó su historia, doctor Frankl. ¿Puedo hacerlo?

—Adelante —la animó él, regresando a su silla.

—Usted perdió a toda su familia, y casi su vida, en manos de los nazis.

—Así es.

—Hitler era austríaco de nacimiento. Los soldados que deportaron a los judíos de aquí eran austríacos. Y gran parte de la población respaldaba al gobierno nacionalsocialista, según me explicó mi madre. Y ahora usted vuelve a vivir aquí y...

No se atrevió a continuar. El doctor juntó las manos con una sonrisa serena, esperando a que ella continuase.

—¿No odia a este pueblo que le ha hecho tanto daño?

—¿A qué pueblo te refieres, Johanna?

—A los austríacos.

—Yo soy austríaco —contestó con firmeza—. En este país he nacido, me he enamorado y he trabajado. Sería como odiarme a mí mismo.

—No, no es eso... —Johanna intentaba encontrar las palabras correctas—. Me refiero a todos los austríacos y alemanes que le arruinaron la vida. Tanto los que hacían el mal como los que lo respaldaban o callaban ante lo que estaba sucediendo. Yo misma puedo formar parte de este tercer grupo. Hasta haberle conocido, nunca fui del todo consciente del horror que causaron los nuestros. ¡Usted debería odiarme por ello!

Los ojos del doctor, que había escuchado con gran atención el discurso de Johanna, brillaban de emoción.

—Eres una chica extraordinaria, ¿cómo iba a odiarte? En cuanto a lo que has dicho, me gustaría hacer un par de puntualizaciones. La primera es que estoy totalmente en contra del concepto de «culpa colectiva». La responsabilidad de cada acto es siempre individual, nunca de una nación. Si crees en Dios y algún día tienes que librarle cuentas, responderás de tus propios actos, no de los de tu país, tu religión o tu raza. Justamente porque eres libre.

Johanna le atendía conmovida. Frankl continuó:

—Te daré un par de ejemplos muy claros para que te des cuenta de que el mal no tiene nada que ver con bandos o nacionalidades. En uno

de los campos de concentración en los que estuve, había un oficial nazi que compraba medicinas a escondidas y las repartía de noche entre los enfermos. Se jugaba la vida, ya que si lo hubieran descubierto le habrían fusilado de inmediato. En esos mismos campos, había judíos con un pequeño poder que mataron a compañeros a golpes de garrote. ¿Qué conclusión sacamos?

—Supongo que se refiere a esa libertad última que todos tenemos.

—¡Exacto! Al final, es igual en qué situación te coloque la vida, solo hay dos clases de personas: las decentes y las indecentes.

La cabeza de Johanna era un remolino de emociones contradictorias y preguntas sin respuesta, pero no quiso comentar nada más. Al notar que estaba cansada, Viktor le dijo:

—Y ya basta de hablar del Holocausto. Mañana volveremos al sentido de tu vida.

# 8. Noticias del frente

Aquella noche, el ritual tantas veces repetido con su madre se vio alterado. Desde que habían vuelto a la ciudad, cenaban lo poco que tenían escuchando la radio. Rara vez hablaban. Después, su madre se tomaba dos pastillas para dormir que le proporcionaba un médico amigo y se enterraba bajo las mantas en su habitación, donde la temperatura era parecida a la de la calle. Johanna leía un poco bajo la luz de una lamparita hasta que le entraba sueño. Entonces se iba a su cama, dentro de una habitación pequeña sin ventanas. A menudo se despertaba por culpa de una pesadilla y volvía a leer hasta que, ya de madrugada, se dormía de nuevo de puro agotamiento.

Aquel martes, sin embargo, al acabar de cenar, su madre no se tomó las pastillas. En vez de eso, se puso su único abrigo y, con una locuacidad desconocida, anunció:

—Me voy con Renate. Esta noche hay una misa en recuerdo de los caídos. Ella se enteró ayer de que tampoco su hijo regresará; le han notificado que ha muerto en un campo de trabajos forzados de Minsk. ¿Me quieres acompañar?

—No, gracias, mamá. Te esperaré leyendo.

Cuando se cerró la puerta, el silencio del pequeño piso la envolvió como una niebla espesa que cala los huesos. Aquella era la peor hora para Johanna, el momento en el que aparecían todos los fantasmas que alimentaban su tristeza.

De repente, recordó la caja verde que su madre tenía sobre el regazo el día anterior. ¿Qué contendría? El hecho de que no la hubiera visto antes no hacía más que avivar su curiosidad.

Para entretenerse, aprovechando que su madre se encontraba en aquel acto deprimente, decidió entrar en su habitación para buscar el objeto misterioso. Revolvió de arriba abajo el único armario donde guardaba la poca ropa que tenía. Acto seguido, una pequeña cajonera e incluso miró debajo de la cama.

Nada.

Siguiendo una intuición, finalmente retiró las mantas y levantó la almohada rellena de lana. Estaba justo debajo.

Sentada al borde de la cama, como había hecho su madre, encendió

la lámpara de la mesita de noche, que proporcionaba una luz amarillenta y temblorosa.

Al abrir la tapa de fieltro verde, se le cortó la respiración. Contenía un montón de sobres con la letra manuscrita de su padre. La emoción se mezcló con la rabia. Su madre nunca le había hablado de aquellas cartas que recibía desde el frente. ¿Por qué se las había escondido?

Sus dedos blancos y delgados abrieron el primero de los sobres, que llevaba el sello oficial de su regimiento. Era del 13 de diciembre de 1944.

Dentro había un papel fino escrito con una letra pulcra y bonita.

*Querida mía:*

*Esta semana ha sido especialmente difícil. Los combates en Alsacia han sido muy duros y finalmente hemos tenido que retroceder y abandonar la región.*

*No poder conservar este territorio estratégico ha sido un fracaso en toda regla. Ahora el enemigo está cerca de nuestras fronteras.*

*Los oficiales tienen la obligación de mantener la moral de la tropa, pero no siempre es fácil. A medida que reculamos, se va perdiendo la fe. Incluso yo he empezado a rezar para que un milagro cambie el curso de la guerra.*

*Cada día que pasa pienso más en ti y en nuestra adorada Jo. ¡A sus doce años debe de ser ya toda una señorita! Os echo tanto de menos que algunas noches he estado tentado de enviarlo todo al garete y desertar para regresar a casa.*

*Sé que es imposible y, además, el país necesita en estos tiempos difíciles a cada hombre que pueda tomar un fusil.*

*Que Dios nos ayude.*

*Hace muchas noches que no puedo dormir. Al frío exterior se le añade un corazón congelado que ningún aguardiente puede calentar.*

*Os quiero tanto que me duele pensar en vosotras, cosa que no dejo de hacer ni un solo minuto al día.*

Al llegar a este punto, Johanna no pudo seguir leyendo. Devolvió la hoja plegada al sobre y, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas, cerró la caja verde para dejarla en su escondite.

# 9. La hora de las bombas

—Hoy tienes mala cara —comentó Miles cuando la vio entrar en el Café Hawelka.

—No he dormido ni un minuto.

—Un chocolate caliente te devolverá a la vida. —Hizo una señal a Josefine, que enseguida entendió lo que quería—. Si tenemos suerte, a lo mejor nos cae un poco más de tarta.

Johanna no dijo nada. Leer aquella carta de su padre le había roto el corazón, sobre todo porque ella sí sabía que todo acabaría mal. Es como cuando lees una historia de la que ya conoces su triste final, como *Romeo y Julieta.*

—Si no te apetece hablar, podemos quedar otro día. Explícame cualquier otra cosa.

—No tengo nada que contar —dijo muy seria.

Las tazas aterrizaron sobre la mesa, junto con media ración de pastel para cada uno.

—Dejémoslo, pues —suspiró, resignado—. Merendaremos y después puedes irte a tu casa, ¿de acuerdo?

—No... Soy persona de palabra, y me he comprometido a explicarte mi historia. ¿Qué te interesa saber?

Miles dio un sorbo al chocolate y preguntó:

—¿Cómo era la vida antes de la guerra?

Después de pensarlo un rato, Johanna contestó:

—Si te soy sincera, no lo sé.

—¿Cómo es posible?

—La guerra duró años y, cuando vives así un día tras otro, llega un momento en el que se convierte en tu única realidad. Comienzas a olvidar cómo era la vida antes. Y si te queda algún recuerdo bonito, llegas a creer que es solo un sueño, algo que nunca has vivido.

—Entonces, ¿todos los recuerdos que tienes de tu infancia son de la guerra? —dijo él mientras tomaba notas rápidas en un cuaderno, como un reportero de verdad.

—Sí, prácticamente solo recuerdo los bombardeos de Viena, las largas horas en el sótano de nuestro edificio, que utilizábamos como refugio, y las paredes que se derrumbaban de repente. Daba mucho miedo, pero nos acabamos acostumbrando, como a tantas otras cosas.

—¿Qué cosas?

—En esa época ya había cartillas de racionamiento, porque las estanterías de las tiendas estaban vacías. La mayor parte de los alimentos y los recursos iban al frente. También la electricidad estaba limitada.

—¿Había cortes de luz?

—Esto también —contestó ella mientras se calentaba las manos rodeando la taza caliente—, pero además las autoridades aconsejaban oscurecer las ventanas para no ser objetivo fácil de los bombardeos. Por tanto, no podíamos hacer vida en ninguna habitación iluminada. De todas formas, pasábamos más tiempo en el trastero, que era más seguro, que en el salón de casa con las ventanas cerradas. Como no quedaban cristales, casi todas estaban tapadas con cartón, y llegamos a estar a quince bajo cero dentro de casa. Ahora no estamos mucho mejor...

Miles dejó de tomar notas. Sus ojos marrones exploraron los labios de Johanna, que ya no estaban en tensión. Contrariamente a lo que ella había imaginado, hablar de aquello no le hacía daño. Parecía tan lejos en el tiempo...

—Soy norteamericano, pero no me entra en la cabeza que se bombardeen objetivos civiles.

—Pues eso hacíais. Por desgracia, además, vivíamos en un edificio al lado de la estación de tren y vuestros aviones bombardeaban sin parar las estaciones y todas las infraestructuras.

Aquello le hacía sentirse mal, así que redirigió la conversación:

—Explícame, por favor, cómo era tu vida en medio de esa situación.

—Un asco. Teníamos poca comida, igual que ahora, y poca libertad para salir de casa. Mi colegio estaba abierto y sí iba cada día, pero, si tardaba más de diez minutos en volver, mi madre se asustaba muchísimo.

—Por cierto —le interrumpió el relato Miles—, tengo que pedirte disculpas porque casi no te he preguntado nada sobre tu vida de ahora. Ni siquiera sé qué estudias ni qué quieres hacer en el futuro.

—Hace un mes que dejé el instituto. Necesitaba una pausa porque no me podía concentrar y, cuando estaba en clase, sufría ataques de ansiedad. Desde que regresamos a Viena, hace un año, no tengo vida fuera de estas entrevistas y de un terapeuta con el que hablo por las tardes.

Miles avanzó su mano en dirección a la de Johanna, como si se la quisiera apretar, pero finalmente se frenó y dijo en voz baja:

—Si hay algo que yo pueda hacer para ayudarte, solo tienes que...

—No quiero nada —lo cortó—. Prefiero seguir con la historia. El futuro para mí no existe. ¿No quieres saber más cosas de cómo era

Viena bajo las bombas?

—Claro... —dijo, tomando de nuevo la estilográfica.

—Pues era una ciudad gestionada por mujeres, y eso era algo que llamaba la atención. Como todos los hombres estaban en el frente o habían muerto en la guerra, las mujeres los habían sustituido para conducir tranvías o trabajar en fábricas, como hacía mi madre. Aun así, muchas cosas esenciales ya no se encontraban, por ejemplo, cristales para las ventanas o zapatos.

Johanna se miró los pies, avergonzada. Cuando los zapatos se le habían quedado pequeños no había podido conseguir otros, porque no había producción. Por ese motivo llevaba los de su abuela, que al ser tan alta tenía un número demasiado grande.

Al ver que su entrevistada tenía la cabeza en otras cosas, Miles intentó recuperar el hilo.

—Finalmente os fuisteis de Viena. Pero ¿cómo fueron los últimos meses?

—Aunque nuestra casa no quedó destruida del todo, el hecho de no tener ninguna ventana hacía que el frío se volviera insoportable. —Johanna dio un sorbo al chocolate antes de seguir—. Me pasaba horas sentada en casa con mi madre y otros vecinos de nuestro edificio, mayoritariamente mujeres o parejas ancianas. Yo era la única niña. Habían enviado a todos los hombres al frente. Cada tarde, un reloj de cuco que aún funcionaba nos avisaba de cuándo llegaba la hora de las bombas, ya que los aviones norteamericanos tenían sus horarios. Entonces todos los vecinos bajábamos al sótano.

—¿Y cómo era la vida ahí abajo?

Los ojos claros de Johanna se abrieron aterrorizados al rememorar un episodio concreto.

—Solo oíamos el estruendo de las piedras que caían. Era imposible adivinar qué estaba pasando exactamente. En cualquier momento el edificio podía derrumbarse, y quedaríamos enterrados bajo los escombros. De hecho... —Tragó saliva antes de poder seguir—. Recuerdo una noche en que las paredes del trastero se movían como un árbol agitado por el viento, en medio de un estruendo terrible.

Al capturar un pedazo de *Apfelstrudel* con la cuchara, en los labios de Johanna se dibujó una sonrisa triste. Acababa de recordar una anécdota que había pasado meses antes en su relato, cuando la casa donde vivían aún estaba entera.

—Me acuerdo de una tarde en que mi madre había conseguido los ingredientes para preparar un delicioso pudin de vainilla. Yo puse la mesa, estaba muy emocionada. Pero entonces sonó el dichoso cuco que era nuestra alarma y mi madre dijo que teníamos que bajar al sótano. Tomó una bolsa con nuestra documentación y una pequeña caja de joyas. Yo miraba la mesa con inquietud y le dije: «Creo que

deberíamos comernos el pudin ahora». Pero ella no estuvo de acuerdo y contestó: «El pudin es un pastel, y los postres son para después de cenar. Por lo tanto, comeremos el pudin cuando volvamos del trastero». Yo era pequeña, y tuve que aceptar que el pudin se quedara en la mesa hasta que volviéramos.

Miles seguía fascinado con aquella pequeña anécdota, hasta el punto de que había dejado de tomar notas.

—Coincidió con la primera vez que una bomba tocó nuestro edificio. Al regresar del sótano, había cascotes que se habían derrumbado por todas partes. Cuando conseguimos llegar a nuestro apartamento, que aún existía, ya no teníamos ventanas. A causa de la explosión, estaba lleno de cristales y polvo de los ladrillos. El suelo entero... Y también la mesa donde habíamos dejado el pudin, que estaba cubierto por dos dedos de polvillo rojo. Yo me enfadé mucho con mi madre por no habernos comido el pastel cuando se lo había dicho. Ver cómo lo tiraba al retrete con los restos de los cristales me rompió el corazón. Son este tipo de cosas las que una niña recuerda para siempre.

# 10. Desafiar al miedo

Al terminar aquella primera conversación, Johanna se sentía liberada. Era como si los fantasmas que la visitaban día y noche ya no fuesen del todo suyos. Como dice un proverbio sueco, la alegría compartida es doble alegría y la pena compartida se vuelve media pena.

—¿Puedo acompañarte a casa? —propuso Miles. Y enseguida añadió—: Sé perfectamente que puedes ir sola, pero me gusta la idea de caminar contigo.

Ella lo miró con cierta sorpresa, pero finalmente contestó:

—Como quieras.

Quizás porque había hablado por los codos, Johanna prefirió caminar en silencio. Miles le seguía los pasos, contemplándola de reojo de vez en cuando. Ahora que empezaba a descubrir su historia, aquella chica de apariencia frágil le resultaba digna de admiración. Al mismo tiempo, saber las consecuencias de los ataques aliados le hacía cuestionar la versión de los hechos de sus supuestos héroes de guerra.

Esto confirmaba el valor del relato que quería hacer llegar al mundo. ¿No es tarea fundamental del periodismo dar voz a quienes no la tienen?

En medio de estos pensamientos —cada cual con los suyos—, llegaron a *Mariannengasse*, en el Distrito 9.

Al ver el elegante edificio de esquina redonda, el chico preguntó a Johanna:

—¿Es aquí donde vives?

—No. Este es el bloque de mi terapeuta.

Por un momento, pareció que Miles quería preguntarle algo al respecto, pero finalmente le apretó la mano y dio media vuelta.

—¡Hasta mañana! —gritó Johanna cuando él ya se encontraba a una decena de pasos.

Él se giró, levantó el pulgar y sonrió.

***

Al ocupar por tercera vez la butaca enfrente del doctor Frankl, Johanna tuvo la impresión de que algo estaba cambiando dentro de

ella. Quizás fuesen aquellas meriendas con el chico sin oficio que tan bien sabía escucharla. O tal vez la presencia tranquilizadora de Viktor, que la observaba con simpatía a través de las gafas.

Johanna miró por enésima vez el retrato del escritorio y esta vez se atrevió a preguntar:

—¿No tenía miedo cuando escalaba esa montaña?

—¡Muchísimo! Por eso lo hice.

Ella le lanzó una mirada interrogativa para que se lo acabara de explicar.

—Siempre me han dado miedo las alturas —siguió Frankl—, y no se puede decir que yo sea muy corpulento. Por ese motivo me he aficionado al alpinismo. Cuando vuelva el buen tiempo, saldré otra vez cada fin de semana a la montaña.

—A ver si lo entiendo... —dijo Johanna—. Si le da miedo la montaña, ¿por qué no se queda en casa?

El médico cruzó los brazos; parecía disfrutar de aquella pregunta.

—Porque si me quedo en casa, dejo de ser libre. Por eso te recomiendo que te tires de cabeza a todo aquello que te dé miedo. Te lo explicaré a partir de mi caso. Si me dan miedo las alturas y empiezo a evitar cualquier situación que active mi miedo, mi zona de confort será cada vez más pequeña. Llegará un momento en el que ni siquiera me atreveré a salir al balcón de un segundo piso para ver un desfile. Aquello que rechazas se refuerza, ese es un puntal de la psicología.

—Por lo tanto, debes desafiarlo.

—¡Exacto! Cada vez que subo una montaña, le estoy diciendo al miedo: «Te has equivocado de hombre, ¡yo no soy quien te crees que soy! ¡Mira cómo subo!».

—Me gustaría ser así... —murmuró Johanna.

—A lo mejor eres así más de lo que te crees. Si no, no estarías aquí. ¿Recuerdas lo que hablábamos ayer sobre la libertad?

Ella asintió con la cabeza.

—Sea lo que sea que te pase —prosiguió—, siempre tienes la libertad de escoger tu respuesta. Y esa libertad es la que te hace crecer. Solo si te mueves hacia delante podrás encontrar el sentido de tu vida. Si te quedas en el mismo sitio, paralizada por el miedo, el sentido de la vida no vendrá a buscarte. Para encontrar un tesoro, tienes que salir de expedición.

# 11. El doctor y el alma

Justo cuando abandonaba el salón, Johanna se fijó en una caja abierta con un montón de libros firmados por Viktor Frankl. *Ärztliche Seelsorge*, «La curación médica del alma», era el primer libro que había publicado su terapeuta y amigo.

Al preguntarle, le explicó que aquel texto, que tenía como subtítulo: «*De la psicoterapia a la logoterapia*», lo había escrito por primera vez antes de ser deportado. En la Viena ocupada por los nazis habría sido imposible que ningún editor le publicara aquel libro. Por este motivo, cuando fue llevado a los campos de concentración, intentó esconder el manuscrito dentro de su abrigo, pero pronto se lo encontraron y lo destruyeron.

En sus peores momentos, cuando casi había perdido toda esperanza, se aferraba a ese proyecto que no daba por perdido. Recogía retazos de papel por el campo de exterminio y redactaba notas minúsculas para no olvidar nada importante de lo que había escrito en el libro.

Aquello le dio fuerzas para sobrevivir a todas las penalidades. Frankl citaba a Nietzsche, quien decía: «Quien tiene un *porqué* para vivir puede resistir cualquier *cómo*». Y su *porqué* eran aquellos minúsculos apuntes con los que, si salvaba la vida, reconstruiría su libro.

***

Cuando Johanna llegó a casa, mientras su madre dormitaba delante de la radio envuelta en una manta, empezó a leer el ejemplar que el doctor le había regalado. Tras tantos sacrificios por salvarlo, la vida le había compensado con cinco reediciones en tres años.

Hundida en aquel sofá maltratado, leyó:

*Si fuéramos inmortales, podríamos posponer de forma legítima cualquier acción para siempre (...). Es la muerte como final absoluto y frontera de nuestras posibilidades la que nos pone el imperativo de usar la vida que nos ha sido dada para hacer lo máximo que podamos, no dejando escapar ni una sola oportunidad.*

Un ronquido agudo de su madre la distrajo. Se había quedado dormida apoyada sobre la mesa, y la manta que la tapaba se había deslizado hasta el suelo.

Johanna se levantó para cubrirla. A continuación, leyó un poco más del libro de Frankl.

*Hasta el último aliento de vida, nadie puede arrebatar a un ser humano la libertad de adoptar una u otra actitud respecto a su destino.*

A medida que avanzaba en la lectura, le venían a la cabeza muchas preguntas que hacerle al doctor. Con un lápiz reducido a su mínima expresión, tomó algunas notas en un trozo de cartón para no olvidar lo que le comentaría en la siguiente sesión.

Su letra, que quería ser pulcra y limpia, le hizo pensar en su padre.

Al ver a su madre tan profundamente dormida, la tentación fue demasiado grande. Entró sigilosamente en su habitación y, con un rápido movimiento, tomó el segundo y tercer sobre de la caja verde.

De regreso al sofá, los escondió entre las páginas del libro de Frankl, por si su madre se despertaba.

Igual que les racionaban el pan y otros productos básicos, Johanna había decidido que leería una o dos cartas de su padre cada día. Por muy triste que esto la pusiera, así se sentiría cerca de él durante un rato.

Mientras vigilaba a su madre de reojo, sacó una hoja del primer sobre y, con el libro como barrera, se puso a leer:

*Amor mío:*

*Te escribo estas líneas para comunicarte lo que puede llegar a ser una buena noticia, si la esperanza que tengo se llega a cumplir.*

*Quizás sabes por las noticias que la guerra no va bien. Los enemigos de Alemania nos atacan desde todos los flancos, como cobardes que son. Mientras los ingleses y los americanos bombardean nuestras ciudades, el Ejército ruso avanza cada vez más.*

*Nadie sabe hasta cuándo podremos proteger nuestras propias fronteras, pero sea cual sea el resultado, habrá muchas muertes en nuestras filas.*

*En el peor de los casos, los que permanezcan con vida serán llevados a campos de prisioneros lejanos desde donde la vuelta será improbable.*

*Yo estaría dispuesto a morir por la patria, si no fuera porque vosotras me esperáis en el lado opuesto del horror. No quiero que Jo sea huérfana, ni tú, viuda como las hay a centenares de miles.*

*Para evitarlo, estoy dispuesto a hacer algo que me avergüenza, pero será mi salvoconducto para volver a reunirme con vosotras.*

*He trabado amistad con un oficial que tiene influencia en las altas*

*instancias. Me propondrá para ocupar un cargo en un lugar bien alejado del frente. En cuestión de días sabré si he sido escogido para la vacante que me resguardará de esta carnicería y me acercará a vosotras.*

*Rogad por mí.*

En aquel momento, su madre tosió tan fuerte que se despertó a sí misma. Con un gesto rápido, Johanna escondió la hoja plegada dentro del libro y dijo:

—¿No vas a la cama, mamá?

# 12. El largo viaje

Aquel jueves, el Hawelka estaba extrañamente vacío. Solo un anciano de cabellos largos y grises removía un montón de carpetas hablando solo y maldiciendo espíritus que solo él podía ver.

Como si aquel paseo juntos hubiera activado un resorte secreto dentro de él, Miles iba especialmente bien vestido. Llevaba un jersey de lana gris de cuello alto y el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás. Los garabatos con los que llenaba las páginas del cuaderno le servían para descargar los nervios.

Mientras Johanna continuaba su historia, pensó que era la primera vez que lo veía así.

—En marzo del 45, tuvimos que dejar nuestra casa. Iríamos con mi bisabuela, que tenía noventa y cuatro años y vivía en otra parte de la ciudad. De todas formas, sabíamos que solo nos podríamos quedar un par de días. Los rusos ya habían llegado a Hungría, estaban a las puertas de Viena. De puro milagro, mi madre consiguió que nos aceptasen a las tres en un tren que transportaba soldados hacia el oeste del país. Debía de ser una de las pocas líneas que aún funcionaban.

—¿Y teníais adónde ir? —preguntó Miles, impresionado.

—Sí, pero no sabíamos cómo llegar. Tras bajar del tren, mientras los soldados iban hacia el oeste, nosotras subimos a un camión junto a setenta personas más. Mi madre tuvo que dar casi todo su dinero al conductor para que nos dejara subir. Los norteamericanos habían empezado los ataques aéreos sobre las principales carreteras que salían de Viena, y eso convertía el viaje en un gran riesgo.

Miles escuchaba en tensión mientras seguía tomando notas. No se atrevió a preguntar nada más; simplemente esperaba a que Johanna retomara el relato después de cada pausa.

—Aquel mes de marzo las temperaturas rondaban los seis grados bajo cero, y el camión iba muy lento, porque apenas tenía gasolina. De hecho, no era la gasolina lo que mantenía en marcha el motor, porque toda la que quedaba en el país la tenía el Ejército.

—¿Qué era, pues? —preguntó Miles, intrigado.

—Con las brasas de la madera que se había usado para calentar se creaba una sustancia parecida a la gasolina. Quizás lo mezclaban con

otra cosa, ahora no lo recuerdo. El caso es que tardamos una eternidad en llegar a un sitio donde poder dormir, porque las carreteras principales estaban ocupadas por los militares y eran objetivo constante de la aviación. Teníamos que transitar por caminos secundarios que pasaban por pueblecitos muy pequeños.

—¿Y adónde queríais llegar? —insistió Miles.

—Al único pueblo donde teníamos un pariente: una sobrina de mi bisabuela. Los últimos meses de la guerra, era tan complicado moverse que casi tardamos una semana en ir de Viena a Linz, nuestro destino. Cada noche teníamos que suplicar a los granjeros que nos dejaran dormir en el establo con las vacas. —Johanna respiró hondo, como si rememorara la fatiga de aquella odisea—. Después de aquella semana interminable, llegamos a una aldea donde no había ni agua corriente. La gente la cargaba con cubos de un pozo para llevarla a casa. La sobrina de mi bisabuela nos recibió con resignación, porque sabía que no teníamos otro lugar donde caernos muertas.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis viviendo allí?

—Dos años.

Miles soltó un silbido. Ciertamente, aquello era mucho tiempo. Su mano, esta vez, se atrevió a recorrer lo que quedaba de mesa. Al llegar a su destino, se elevó ligeramente para aterrizar con suavidad sobre la mano de Johanna, que al principio no la apartó.

—Debió de ser terrible estar tanto tiempo lejos de casa.

—¡Al contrario! Ya no teníamos ninguna casa a la que volver… Ahora te sorprenderá lo que te diré, pero creo que esos dos años han sido los únicos felices de mi vida.

—¿Lo dices en serio?

Johanna liberó su mano con la excusa de coger la cucharilla para tomar el resto de chocolate que había en la taza y aclaró:

—Por primera vez en mi vida, en aquel caserón rodeado de naturaleza podía moverme libremente, sin sufrir por las bombas o por los soldados. Aunque la vida era muy austera, ahí la guerra parecía algo muy lejano. Cerca de donde vivíamos había muchos lagos, bosques, granjas… Era una vida totalmente distinta, libre de terror.

—Y debía de ser más fácil conseguir comida.

—Sí, porque criábamos animales y teníamos pequeños cultivos. Mi madre empezó a tejer jerséis y los ofrecía a los agricultores a cambio de comida. Aparte de eso, cada día recibíamos una cucharada de mantequilla gratis.

—¿Una cucharada? —repitió Miles.

—Sí, el ganadero nos decía: «Cada día vienen treinta personas a pedirnos comida, no os podemos dar más que una cucharada, pues hemos de dar treinta más».

—Había solidaridad, entonces.

—Sí, lejos de la brutalidad de las ciudades, lo poco que había se repartía entre los vecinos. Por eso te digo que ahí fui feliz. Quizás hubiera estado bien quedarse allí para siempre, pero mi madre no paraba de hablar del día que regresaríamos a Viena para recibir a mi padre.

A Johanna se le hizo un nudo en la garganta. Últimamente tenía la lágrima fácil, así que intento aferrarse al hilo de la historia:

—Apenas teníamos nada, ni zapatos. Yo iba con unas botas de lluvia enormes que habíamos encontrado en la casa de campo. Pero al final te acostumbras. Más difícil era ir a la escuela.

—¿Por qué? —preguntó Miles totalmente absorto por el relato.

—Finalizada la guerra, empezó a circular un autobús que recogía a los niños del pueblo para llevarlos a la escuela de la comarca. Eran solo treinta kilómetros, pero tardábamos una hora y media, porque solo había aquel autobús que iba recogiendo a todo el mundo. Y el mismo de vuelta.

—Al menos teníais tiempo para charlar...

—A veces sí, pero la mayoría de los días estaba tan cansada y tenía tanta hambre que me dormía. Sin embargo, ahora lo echo de menos. Era bonito pasar por todos esos lagos. En aquellos paisajes era fácil imaginar que todo seguía como antes, que nada había cambiado.

Dando por finalizada la sesión, Miles sacó de su bolsillo un objeto cuadrado, envuelto en papel de periódico, y se lo dio.

—Es *corned beef*[3]. Lo he birlado del almacén de provisiones para los yanquis.

—Se lo daré a mi madre antes de ir a la consulta —dijo ella, impresionada.

—¿Te puedo acompañar a casa?

Johanna primero negó con la cabeza, pero luego cambió de opinión:

—De acuerdo, me puedes acompañar, pero solo hasta la puerta. Si mi madre supiera que me cito con un americano, me daría una bofetada.

—¿Y la comida que le llevas cada día?

—No sabe cómo la consigo. Tampoco me lo pregunta. Quizás tiene miedo de que esté haciendo algo terrible a cambio.

# 13. No hay dos vidas iguales

Aunque estaba lejos de arreglar su vida, Johanna tenía la impresión de que todo estaba recolocándose en su lugar. Cada vez se sentía más cómoda con Miles. Le gustaba confiarle su historia. Su atención era sincera, sin juicios, y las constantes preguntas demostraban su interés en profundizar en sus vivencias. Deseaba comprender.

Esto la conmovía, pero también la inquietaba.

En Viena había miles de historias como la suya. Todo el mundo cargaba con su mochila. ¿Por qué la había escogido precisamente a ella? ¿Solo porque le había devuelto la cartera o había otro motivo?

La voz paciente del Dr. Frankl la hizo aterrizar de nuevo en la consulta, a la que había llegado hacía un buen rato.

—Creo que ya estás preparada para hablar del sentido de tu vida.

—¿De verdad lo cree?

—Sí. Cuando nos conocimos, eras como un pajarito herido. Todos nos hemos sentido así alguna vez. En tus ojos ahora veo un horizonte, y es de este horizonte del que quiero hablar.

Ella se encogió de hombros.

—¿Sabes lo que quiere decir *logoterapia*, lo que practico con los pacientes?

—¿La terapia a través de la palabra?

—No, eso sería una psicoterapia como cualquier otra. *Logos* quiere decir «palabra», pero también «sentido, razón». Lo que hacemos aquí es buscar el sentido de la existencia como vía a la curación.

Johanna se mordió el labio. Encontrarle sentido a la existencia le parecía un objetivo imposible. ¿Qué sentido puede tener una vida que tú no has escogido vivir? No le habían pedido permiso para traerla al mundo, se dijo antes de declarar:

—No sé qué sentido tiene la vida, doctor Frankl. Y menos después de los horrores que hemos vivido. Si realmente existiera Dios o algún tipo de orden en el universo, no habría permitido todo este horror, ¿no cree?

—Te estás yendo por las ramas, Johanna. Aquí no se trata de averiguar si existe Dios o si es justo. Un teólogo te diría que Dios nos dio la libertad para que nos hagamos responsables de nuestros actos. Y los existencialistas dicen que la vida no tiene sentido, pero yo no quiero hablar de cosas abstractas o generales. Solo me interesa lo que

es único: la persona que tengo delante. Ahora y aquí, tú eres para mí la persona más importante del mundo.

Las mejillas de Johanna se encendieron. Aún no entendía qué esperaba de ella aquel médico que publicaba libros —sabía que tenía otro, además del que estaba leyendo—, pero le gustaba debatir con él.

—No importa si la vida tiene sentido o no —concluyó Frankl—. ¿Cuál es el sentido de *tu* vida?

—Aún no lo he encontrado... Quizás porque mi madre y yo estamos en un estado de pura supervivencia. Cuando tu mayor preocupación es no morir de hambre, cuesta pensar en cosas más elevadas.

—El sentido de tu vida no tiene por qué estar en cosas elevadas, muchacha. A lo mejor se encuentra en las más pequeñas, en aquellas que a menudo nos pasan por alto.

Johanna se quedó pensativa. Ciertamente, desde hacía unos días tenía más razones para estar agradecida, aunque solo fuera por los momentos que pasaba con Miles y con el doctor. Pero ¿era aquello suficiente para dar sentido a una vida?

—Quizás es la rabia la que no me deja ver el significado a nada —declaró ella.

—¿De qué rabia hablas?

—Si en vez de haber nacido en Austria lo hubiera hecho en Boston, como un chico que he conocido, mi vida sería mucho más fácil. Allí no han caído bombas ni han de hacer largas colas para conseguir unas rebanadas de pan.

—No cometas el error de compararte, Johanna. En ninguna situación.

—¿Y por qué no?

—Es injusto hacia ti misma y hacia los demás. Los seres humanos somos únicos y, por tanto, no hay dos vidas iguales, ni para aquellos que han nacido en un mismo lugar en igualdad de condiciones. Cada persona en el mundo tiene un punto de partida distinto.

—Pero reconocerá, doctor, que hay personas que lo tienen más fácil que otras... —insistió—. Eso es lo que te hace sentir que la vida es injusta.

—La vida no es justa ni injusta, Johanna. De hecho, la historia demuestra que las personas con más dificultades son las que a menudo consiguen las cosas más extraordinarias. Justamente porque lo han tenido tan difícil, desarrollan músculo para saltar obstáculos, mientras que otros se ahogan en un vaso de agua. Eres una luchadora, Johanna, no lo puedes negar.

Ella le miró con una mezcla de escepticismo y esperanza. Quería creer en aquella visión positiva que le daba el doctor. Ojalá los campos de obstáculos se hubiesen acabado ya. No necesitaba ganar más músculo,



sino descansar de tanto sufrimiento, pensó, sin imaginar el golpe que le esperaba aquella misma tarde.

# 14. El traslado del padre

*Queridísima mía:*

*Si aún tienes en la despensa una botella de licor, destápala para brindar conmigo. Me han concedido el traslado. Ya no estoy en el frente.*

*Ahora me encuentro a menos de cuatrocientos kilómetros de casa, en un campo de concentración cerca de Cracovia. Mi tarea aquí es ante todo administrativa.*

*Me han encargado actualizar el censo de internos, que varía constantemente, porque no paran de llegar trenes. A veces tengo que tratar con ellos, cosa que ciertamente no es nada fácil.*

*Dispongo de una habitación bastante confortable en el complejo, y la comida es mucho mejor que la que teníamos en campaña.*

*No te explicaré lo que pasa aquí dentro porque no es agradable saberlo. También yo preferiría ignorarlo, pero mi labor consiste justamente en saber qué está pasando cada día, ya que los recursos son cada vez más limitados y deben optimizarse.*

*Desde que se fue el comandante, que reportaba directamente a Himmler, este campo está dejado de la mano de Dios.*

*Si el diablo estableciera su sede en algún lugar, probablemente escogería este. Nadie quiere estar aquí, ni siquiera yo. Pero si me sirve como última etapa para regresar a casa, como me han prometido, haré mi labor con total dedicación.*

Las manos de Johanna temblaron al abandonar la lectura de la carta para mirar el matasellos del sobre, que confirmó sus temores.

Sobre el sello del 16 de diciembre de 1944 leyó con claridad: *Auschwitz.*

# 15. La cantina rusa

Johanna caminaba sin rumbo por la noche helada de Viena. Como un cuerpo sin espíritu, sus zapatos demasiado grandes la llevaban hacia delante por pura inercia.

Del mismo modo que los pollos decapitados continúan corriendo, como había visto en la granja cerca de Linz, aunque estuviera perdida, no podía dejar de caminar. Huía.

Huía de su padre, a quien ya nunca podría querer como antes. Su madre le había hecho creer que era un héroe de guerra, pero ahora sabía que participó en el exterminio de los judíos. Johanna había decidido no leer más cartas de él. De hecho, deseaba olvidarlo para siempre. Ojalá eso fuera posible.

Huía de su país, de la historia, de la de todos y de la suya. Al mismo tiempo, sabía que no podía huir de sí misma.

Su caminar furioso la llevó de noche fuera de los distritos centrales, de la Viena conocida que todo el mundo recomendaba no abandonar. Nunca se había aventurado tan lejos, así que, cuando vio la gran valla con la estrella roja encima, se detuvo casi fascinada.

Debajo de las grandes letras en cirílico se podía leer en alemán:

Entrada a la zona rusa

Los vieneses que conocía vivían en la zona norteamericana, británica o francesa; dentro de lo que significaba estar en una ciudad ocupada, se consideraban mucho más seguras que el área en manos de los soviéticos. De hecho, Johanna no conocía a nadie que hubiera ido por voluntad propia más allá de aquella valla inmensa.

Justamente por eso, ella la cruzó.

Las placas de hielo y la oscuridad hacían que sintiera que caminaba por un mundo hostil. A pesar de ello, siguió adelante sin saber por qué lo hacía. Sus pasos la llevaron hasta un puente custodiado por dos soldados con abrigos largos y botas altas.

Comentaron algo entre ellos al verla llegar, pero no le impidieron el paso.

Johanna no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba. Incluso si decidía dar media vuelta, no sería capaz de encontrar el camino de regreso. Esto la hizo sentirse extrañamente bien. Estar

perdida era preferible al mundo del que venía, donde el dolor parecía no tener fin.

Siguió una hilera de edificios altos y oscuros, con pocas ventanas con luz. No sabía qué hora era, pero quizás fuera más tarde de lo que creía.

Cuando pasó cerca de un portal con luces rojas, oyó un fuerte silbido.

Al detenerse, vio a un soldado joven que le hacía señas para que entrara.

Johanna se quedó helada. Sabía que no debía hacerlo. Sabía que, en una cantina para soldados, y más en aquella zona de la ciudad, no podía pasarle nada bueno.

De nuevo, precisamente por eso, porque se odiaba a sí misma, la tercera vez que el soldado la llamó con gestos, lo siguió hacia el interior.

Aquel antro tenía una barra pobremente iluminada donde se apoyaban media docena de hombres. Uno de ellos dormía sobre ella con un vaso vacío al lado. Al final de la barra había dos mesas, cada una separada por un tabique recubierto de terciopelo rojo. Una estaba ocupada por una mujer gruesa y pintarrajeada con un soldado a cada lado.

La llegada de Johanna no pasó desapercibida. Un par de chicos se le acercaron, pero el que la había invitado a entrar los apartó a codazos, dejando claro que era él quien había cazado la presa.

Le señaló un taburete vacío y le retiró el abrigo, que dobló en dos para dejarlo encima de una nevera. Una vez sentado a su lado, la miró de arriba abajo.

—Eres joven y bonita —dijo en un alemán torpe—. ¿De dónde has salido?

—Del infierno.

Se lo hizo repetir un par de veces y, al entender por fin lo que quería decir, soltó una carcajada. Grande y fuerte. Johanna calculó que aquel tipo debía de pesar como mínimo cien kilos. Habló en ruso a un camarero calvo y pequeño que, en comparación, parecía un duende. Seguidamente, puso sobre la mesa dos vasos llenos de vodka.

—*Na zdorovie!* —gritó él levantando el vaso.

Johanna no contestó al brindis, pero se bebió el vodka con un par de sorbos. Un ardor insoportable en el pecho la hizo toser unas cuantas veces, lo que provocó una carcajada general.

El gigante hizo señales al duende para que sirviera un par de vasos más.

Ella necesitó un rato para recuperar el aliento y poder engullir el segundo vodka en medio de aplausos.

Aquel fue el momento escogido por el hombre que había a su

izquierda, con los ojos oscuros como el carbón, para pasarle el brazo por la cintura. La atrajo hacia él con la intención de besarle los labios, pero Johanna apartó la cara a tiempo para que errara el tiro.

El cazador consideró aquel intento como un ataque a su propiedad, así que lo apartó de un empujón y se encaró al hombre de ojos negros, que no dudó en agarrarle del cuello.

Un instante después, la cantina se convertía en un caos de manotazos y puñetazos mal dirigidos, gritos y vasos rotos.

Johanna retrocedió hacia la puerta, aterrorizada, como si se acabara de despertar de una pesadilla.

Ya estaba en la calle cuando un oficial ruso, que llegaba para poner orden, la detuvo. En un alemán bien pronunciado, le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—No lo sé.

Dicho esto, empezó a llorar sin freno. Era como si las lágrimas contenidas durante años hubiesen roto su esclusa.

# 16. En la catedral

El timbre de la puerta exterior le llegó como el eco de un mundo lejano. Johanna enterró la cabeza debajo de la almohada, pero quien estuviera ahí fuera volvió a llamar.

Finalmente saltó de la cama y, arrastrando la manta, se dirigió hacia la puerta. La cabeza le palpitaba y tenía ganas de vomitar. Aun así, consiguió cruzar el rellano para abrir.

Un hombre con un mono de operario debajo del abrigo avanzó con decisión hacia el interior de su casa. Llevaba una caja de herramientas.

—Escuche… ¿Qué quiere? —intentó detenerle Johanna.

—Necesito tomar las medidas para poner un vidrio.

—Pero ¿quién le envía?

Lo siguió hasta el interior del salón.

—No sufra, que no tendrá ningún coste para usted. Es un encargo del señor ingeniero.

—¿Qué ingeniero?

De repente, lo entendió: solo podía tratarse del padre de Miles. Ahora comprendía su insistencia en acompañarla a casa, desde que sabía que la ventana de su salón no tenía cristales.

—Vendré después de comer —anunció el operario cuando hubo terminado—. Tienen que cortarme el vidrio a medida.

—De acuerdo.

Cuando el hombre se fue, Johanna se quedó acurrucada en el sofá. En otras circunstancias se habría sentido feliz. Muy feliz, incluso. No encuentras cada día a alguien que se preocupe por los problemas de los demás.

Sin embargo, el descubrimiento terrible de la noche anterior era una nube oscura que la seguía por todas partes, ahogando cualquier posibilidad de ser feliz.

Angustiada en aquel apartamento minúsculo, se puso el abrigo, que olía a humo y alcohol, y volvió a salir.

***

Con la resaca de la noche anterior palpitando todavía en su cabeza, Johanna agradeció que su madre no se hubiera despertado cuando llegó de madrugada. Tras decirle su dirección, el oficial ruso la había llevado a su casa sin hacerle una sola pregunta. Daba gracias al cielo también por eso.

Cuando su madre llegase de la lavandería, donde había empezado a trabajar a cambio de una miseria, encontraría la ventana exterior con cristales. El invierno sería menos duro a partir de ahora, se dijo para animarse.

El viento helado en la cara la reavivaba, por lo que Johanna siguió paseando hasta la catedral. Llevaba cerrada desde los incendios de 1945, pero había oído que hacía un mes que la habían vuelto a abrir.

Aquella novedad había atraído a muchos vieneses, que ahora llenaban el templo para la misa del mediodía. Buscando un poco de paz en aquel edificio descomunal, Johanna se sentó en la última fila de los bancos. Levantó la cabeza para ver cómo habían quedado las obras de reconstrucción. Comprobó admirada que la catedral estaba como antes.

Ojalá ella se pudiera reconstruir con aquella facilidad, pensó.

Mientras observaba al grupo de feligreses que encendían velas, rezaban y escuchaban las palabras del sacerdote, se preguntó cuántos de ellos, como su padre, habrían destrozado otras vidas o bien habían mirado hacia otro lado ante el sufrimiento extremo de los demás.

No eran pensamientos muy alegres, pero Johanna era incapaz de salir de aquel océano de desolación.

Cuando tuvo suficiente, se levantó y salió de la catedral.

En la puerta, una mujer morena vestida de negro le dio unos folletos y le dijo:

—El mundo debe reconocer a Franz. Por favor.

Sin entender lo que le había querido decir, Johanna se alejó del templo con aquellos papeles en la mano. Aún no sabía que abrirían una rendija de claridad entre los nubarrones de su corazón.

# 17. El más valiente de los hombres

La objeción de conciencia es el único mecanismo de los hombres para hacer frente a la barbarie de la guerra, negándose a enrolarse en el Ejército. Y esto aún es más loable cuando el que te pide la vida es un régimen cruel y vengativo.

Quizás el primer objetor de conciencia fue el mártir Maximiliano de Tebessa, quien se negó a incorporarse al Ejército romano cuando solo tenía veintiún años. El castigo que le infligió el procónsul de Numidia, Casio Dion, fue la decapitación.

Pero el último de los objetores de conciencia es un austríaco, aún desconocido para la mayoría, que aceptó con coraje una muerte segura por su negativa a seguirle el juego a Hitler. Este hombre fue Franz Jägerstätter, y habría que escribir su nombre en la catedral de Viena para que su recuerdo no caiga en el olvido.

Sirvan estas palabras para recordar brevemente su vida.

***

Franz Jägerstätter nació el 20 de mayo de 1907 en Sankt Radegund, un pueblecito de la Alta Austria. Su vida estuvo marcada por la sencillez y la rectitud.

Su padre murió en la Gran Guerra que deshizo Europa. Por ese motivo, recibió el apellido de quien lo acogió cuando solo era un niño: Heinrich Jägerstätter, el segundo marido de su madre.

Franz se convirtió en un campesino honrado, como la mayoría de los vecinos de estos lugares, aunque trabajó de minero una temporada en Eisenerz, y también tenía conocimientos de enfermería.

Su vida cambió en 1933 cuando tuvo a su primera hija. Aquel año también heredó la alquería de su padre adoptivo, el señor Jägerstäter, y así pasó de ser un peón a un campesino propietario. Entonces tenía veintiséis años. Con su esposa Franziska tendría dos hijas más.

La existencia tranquila, piadosa y feliz de Franz se vio oscurecida por el terror que se extendió por el país el año 1938, cuando la Alemania nazi aprobó el Anschluss, la absorción de Austria. Con los soldados de la Wehrmacht marchando por los pueblos austríacos entre aplausos de entusiasmo y miradas de miedo, pocos se atrevieron a hacerse notar entre la gente que callaba.

Pero Franz Jägerstätter no era como los demás. Cuando el 10 de abril se celebró el plebiscito en toda Austria que tendría que dar validez al Anschluss, el joven campesino fue el único de todo Sankt Radegund en votar en contra. Respondió un «no» rotundo a la pregunta que se podía leer en aquel pequeño papel que todo austríaco recuerda: «¿Estáis de acuerdo con la reunificación de Austria con el Imperio Alemán llevada a cabo el 13 de marzo de 1938 y votáis a favor de la lista de nuestro Führer Adolf Hitler?».

Jägerstätter marcó el pequeño NO, mientras que la inmensa mayoría, un 99 % del electorado, votó que sí, aunque tal vez más por temor que por convicción, ya que un Ejército desplegado en un país puede ser muy persuasivo.

Franz se negaba a participar en la maquinaria nazi de la muerte.

Pese a ello, el 17 de junio de 1940 fue reclutado por primera vez; por segunda vez, en octubre, acabó la formación en la guarnición de Enns. Pero gracias a la mediación del Ayuntamiento, conocedor de su opinión sobre Hitler, fue devuelto a casa con una exención de agricultor.

En verano de 1941 se ofreció a trabajar como sacristán en la parroquia local. Cuando Franz visitó al obispo de Linz para conversar sobre la perversión de la guerra, este no se puso de su parte. Los representantes de la Iglesia tenían demasiado miedo de enfrentarse al poder.

Por el contrario, Franz Jägerstätter aún se posicionó con más fuerza en contra de la guerra tras la invasión de la Unión Soviética. Se preguntaba si combatían el bolcheviquismo o bien al pueblo ruso. También se preguntaba por qué matar a alguien que no le había hecho nada solo para que Hitler pudiera dominar el mundo.

Eran preguntas que casi nadie se atrevía a pronunciar en voz alta.

Y fue precisamente el fracaso de esta invasión lo que provocó su triste final. La operación Barbarroja se inició el 22 de junio de 1941 con más de tres millones de soldados. En esa época, Franz ya se había librado del segundo reclutamiento, en el que ya se había negado a jurar lealtad a Adolf Hitler, mientras la Wehrmacht avanzaba hacia Moscú con poca oposición. Pero al ser llamado para servir, en el tercer y definitivo reclutamiento, el 23 de febrero de 1943, hacía escasos días que la batalla de Stalingrado había terminado con una enorme derrota del Ejército alemán, con más de 600 000 bajas en aquella batalla de ocho meses.

Hitler había perdido a la flor y nata de sus tropas, y necesitaba soldados como fuera: Franz Jägerstätter no tenía escapatoria.

Franz dejó atrás a tres hijas pequeñas y a su mujer Franziska. El 1 de marzo llegó a la guarnición de Ens, donde declaró su objeción de conciencia y se ofreció para servir como médico de campaña. Nadie

escuchó esta oferta.

Fue detenido y encarcelado en Linz, y trasladado a Berlin-Tegel el 4 de mayo.

No sirvió de nada que un sacerdote de Sankt Radegund lo visitase en prisión, procurando convencerle de luchar y esquivar así un destino inevitable. Nada le hizo cambiar de opinión, ya que creía que sus ideas tenían más valor que su vida; más aún al saber que, unos meses antes, el religioso austríaco Franz Reinisch también había sido ejecutado por negarse a jurar a Hitler.

El tribunal militar lo acusó de debilitar la moral de la tropa el 6 de julio de 1943, y lo condenó a muerte. A continuación, fue trasladado a la prisión de Brandenburg-Görden el 9 de agosto, donde se haría efectiva la sentencia.

Ni siquiera con la guillotina enfrente firmó el papel que le hubiera salvado la vida. Decidido a rechazar la Alemania nazi, prefería morir allí, haciendo tangibles sus principios. Aquella tarde fue decapitado en la prisión.

En la última carta a su mujer, expresaba a Franziska su convencimiento de que es mejor defender la verdad, incluso si hay que pagarla con la vida.

***

Espero que esta reseña biográfica sirva para honrar su memoria, y que deje de ser considerado por sus vecinos como un traidor, un mal padre y un mal marido. Muy poca gente fue al cementerio del pueblo cuando trasladaron sus cenizas, una vez finalizada la guerra.

Esperemos que la posteridad reconozca su pureza y su valor.

Descanse en paz.

V. JURY

# 18. El regreso a Viena

Nada más llegar a la mesa del Hawelka, Johanna besó la mejilla de Miles. Rojo como un tomate, el chico la miró cohibido.

—Me da igual de dónde seas —declaró ella—. Eres una buena persona. Gracias por hacer que nos pongan cristales en nuestra ventana. Cuando encuentre un trabajo, te iré devolviendo lo que te haya costado.

—Eso nunca sucederá.

—¿Tan poca confianza tienes en mí? —replicó con ironía—. ¿Crees que no encontraré trabajo en la vida?

—No..., es que nunca aceptaré que pagues esa ventana. Considéralo una pequeña reparación por todo el mal que nuestra aviación causó a familias como la tuya.

Mientras Johanna removía el chocolate caliente, entendió una cosa importante. Así como Franz Jägerstätter había decidido ir contracorriente, pagándolo con su vida y con el menosprecio de su pueblo una vez muerto, la única manera de contrarrestar la violencia es con su reverso: el amor.

Las escrituras sagradas lo dicen, pero el ser humano lo olvida con demasiada facilidad, pensó.

No sabía cómo justificaría delante de su madre la instalación del cristal, pero el gesto de Miles era una victoria del amor sobre el odio.

—Te noto distraída esta tarde —comentó él—. ¿No quieres acabar de explicarme tu historia?

—Claro que sí... Solo me queda contarte nuestro regreso a Viena.

—¿Pudisteis volver a vuestra casa?

—No, al final de la guerra había quedado totalmente destruida. Cuando mi bisabuela murió en el pueblo, mi madre decidió que era hora de volver. Una vez aquí, solicitamos al Ayuntamiento un lugar donde vivir, como hacía todo el mundo que había perdido su hogar. Como solo éramos dos, nos correspondió el pequeño apartamento en el que vivimos actualmente.

—¿Y cómo encontrasteis la ciudad, tras dos años de ausencia?

—Era un montón de ruinas. Se había reconstruido muy poca cosa. Como mucho, habían demolido aquellos edificios que ya no se mantenían en pie. Un año después, seguimos más o menos igual, ya lo

ves. Dicen que aún faltan siete u ocho años para que Viena se parezca un poco a lo que fue. La Ópera podría reabrir en 1955, ¿te lo imaginas? La gente de esta ciudad está profundamente unida a la música, o sea que, hasta que esto no pase, la guerra no se habrá acabado.

Miles se aclaró la garganta antes de intervenir:

—Es posible que aún tardéis mucho en volver a la Ópera, pero yo tengo una propuesta para mañana sábado. ¿Te gustaría acompañarme al cine?

—¿Cómo dices? —contestó, sorprendida—. ¡No hay ningún cine abierto en Viena! Quedaron todos destruidos.

—Pues yo conozco uno, cerca de las casernas yanquis, que se encuentra dentro de una carpa. Lo deben de haber instalado hace poco. Tengo el programa y mañana a las cinco de la tarde hay sesión. Decídete…: ¿sí o no?

—Sí.

En aquel momento, Leopold Hawelka se acercó a ellos. Con su voz gruesa, preguntó al chico:

—¿Qué escribes en esa libreta? Ya hace días que os observo.

Miles, que estaba eufórico por el sí de la chica, le explicó el proyecto punto por punto. Con un trapo en el hombro, el hombre asintió con la cabeza y le dijo:

—Pues cuando acabes con la historia de la chica, podrías explicar la de este café. Tu padre la conoce…

Johanna escuchaba interesada.

—Durante la guerra, Josefine y yo dimos refugio a mucha gente aquí dentro. También deberías hablar con Trzesniewski, el polaco que vende rebanadas de pan en esta misma calle.

—¿Vende rebanadas de pan? —preguntó Miles.

—Sí. Aparte de lo poco que se consigue con las cartillas, los vieneses no tienen dinero para comprar un pan entero. Franciszek Trzesniewski, que es un genio de los negocios, decidió que vendería el pan por rebanadas, que es lo que la gente puede pagar. —Y, levantando la mano a modo de despedida, dijo—: Y ahora os dejo, parejita. Saluda a tu padre de mi parte, Miles, que hace mucho que no viene por aquí.

Los dos se quedaron en silencio, mirando las tazas vacías y el plato en el que no quedaba ni una sola miga de pastel.

Finalmente, él dijo:

—Me ha salvado la vida que hayas aceptado venir mañana conmigo al cine.

—¿Por qué te ha salvado la vida? —preguntó ella, apoyando la barbilla sobre los dedos entrecruzados.

—Hoy has acabado de explicarme tu historia. Hubiera sido muy

triste que la nuestra acabara aquí. Desde que te he conocido, nada ha vuelto a ser igual. Una Viena sin ti ya no tendría sentido para mí.

# 19. Una conversación difícil

Al salir del café, Johanna pidió al chico que no la acompañara. Necesitaba pensar mientras caminaba hacia la *Mariannengasse.*

Las últimas novedades —los cristales nuevos, el folleto con la historia de Franz, la invitación al cine— habían conseguido alejar de su cabeza la carta de su padre. Pero solo por un tiempo.

Acudir a la consulta del Dr. Frankl le suponía un dilema. Ahora que sabía que su padre había trabajado en el campo de concentración donde él mismo había estado internado, y en el que había perdido a todos sus seres queridos, no sabía qué hacer.

Podía ocultarle la verdad y seguir hablando con él sobre el sentido de la vida, pero no se habría sentido bien. Ella no era una mentirosa. La otra opción era explicarle la cruda realidad: que era hija de un hombre que había escogido formar parte de la maquinaria del exterminio.

Cuando supiera esto, ya no podría mirarla a la cara.

Fue al llegar a la puerta del edificio cuando se dio cuenta de que tenía una tercera opción: dar media vuelta y, sin decir nada, ir hacia su casa.

***

Johanna puso sobre la mesa el cuarto de salami húngaro, cuidadosamente envuelto. Su madre alzó las cejas y preguntó inquieta:

—¿Se puede saber de dónde sacas toda esta comida?

—Hoy es el último día en que puedo traerla. He acabado el trabajo por el que me daban provisiones.

—¿Qué tipo de trabajo era? —preguntó la madre, suspicaz—. ¿En algún centro de beneficencia?

—No... He ayudado a un periodista a hacer un reportaje sobre la posguerra vienesa a cambio de comida.

La mujer examinó a su hija con expresión severa. No acababa de ver claro lo que le explicaba, pero no preguntó nada más. Johanna, en cambio, sí tenía preguntas que hacerle.

Tragó saliva antes de arrancar:

—Yo... no estoy bien... Necesito que me hables de papá. ¿Cómo

murió?

La madre murmuró algo incomprensible. Su pecho subía y bajaba con agitación, hasta que se dominó y, finalmente, dijo:

—Ya te lo conté en su momento. Han pasado casi cuatro años...

—Necesito saber cuál fue su final.

—Lo abatieron en el frente —le contestó, mirándola con dureza—. ¿Qué más necesitas saber?

—Quiero saber quién y por qué lo mataron.

Había leído en una revista de la biblioteca que el Ejército rojo llegó a Auschwitz a finales de enero de 1945. Si su padre no había abandonado ya el campo, habría sido ajusticiado por los rusos.

Los mismos soldados de la cantina que habían intentado manosearla o el oficial que la había devuelto a casa, cualquiera de ellos podría haber apretado el gatillo.

—Murió en el sur de Polonia, durante la guerra —se limitó a decir —. Cuando devolvieron su cuerpo, lo enterramos en el Cementerio Central, con todos sus antepasados.

Johanna se conformó con aquella información tan poco concreta, pero que encajaba con lo que había leído en la carta. Siempre había apreciado la sinceridad.

Entonces, siguiendo un impulso repentino, se levantó para abrazar a su madre.

# 20. Este no es un tren cualquiera

El cine montado por el Ejército norteamericano parecía una carpa de circo. Mientras se acercaba de la mano de Miles, el alboroto que envolvía aquel oasis de diversión en Viena aligeró el corazón de Johanna.

La mayoría de los espectadores que deambulaban por allí eran soldados, pero también había mujeres y niños que correteaban por todos lados.

—Casi siempre ponen películas norteamericanas, sobre todo wésterns, pero hoy proyectarán algo diferente.

Hicieron casi media hora de cola para entrar en aquella carpa llena de bancos donde, según le explicaba Miles, a veces se reunían más de quinientas personas.

El hecho de que la entrada fuera gratuita para todo el mundo sorprendió a Johanna, que se dejó llevar de la mano hasta el lugar predilecto de su acompañante.

—Vengo mucho aquí, y sé dónde podemos ver la película sin helarnos de frío...

Tras saltar unas cuantas hileras de bancos llenos de grupitos, Miles la condujo hasta un rincón a la derecha de la pantalla donde había un banco corto cerca de una estufa de leña.

—Antes se sentaba aquí un anciano que vende golosinas, pero hace semanas que está ingresado por una pulmonía.

Se acomodaron en la pequeña banqueta; poco a poco, aquel cine improvisado se fue llenando de espectadores que no ocultaban su excitación.

Tal como había predicho Miles, el calorcito en su espalda permitió que se quitaran los abrigos y los guantes. Johanna incluso tuvo que sacarse el exceso de calcetines que llenaban sus zapatones.

Al hacerlo, él se fijó y la sorprendió preguntándole:

—¿Te puedo dar un masaje en los pies?

Johanna abrió mucho los ojos, desconcertada, pero aceptó.

Miles le sacó el último par de calcetines y, tras frotarse las manos para calentárselas, tomó uno de sus pies y se lo masajeó con destreza.

Justo cuando ella retiraba el segundo pie, se apagaron las luces, hecho que fue recibido con una oleada de aplausos.

La película era de Ingmar Bergman y se titulaba *Música en la oscuridad.* Empezaba con unos soldados haciendo prácticas de tiro contra unos plafones que subían y bajaban. Uno de ellos abandonaba a escondidas la instrucción para ir a acariciar a un perro y los compañeros lo herían accidentalmente, lo que le ocasionaba perder la vista.

En su nueva vida, encuentra trabajo como pianista en un restaurante. Y aunque le hace feliz poder tocar, nunca se acostumbra al hecho de no ver. Una joven obrera se fija en él y lucha por su amor, pero el chico tiene sus reticencias, porque no quiere condenarla a vivir con un invidente.

Johanna no recordaba la última vez que había estado en un cine, así que absorbía cada fotograma de aquella película de amor como un sediento bebería agua en una fuente.

Al final de la película, el pianista ciego y su enamorada toman un tren que los llevará lejos de la ciudad donde nadie cree en el amor. Los dos están de pie frente a la ventana del compartimento. Mientras los paisajes corren delante de ellos, la chica le dice: «¿Te das cuenta de que nos vamos juntos?». Y él le contesta: «Sí, y este no es un tren cualquiera».

Al sonar la música de cierre, Johanna agradeció que, a diferencia de los cines que había conocido de pequeña, en aquella carpa no se pudieran encender las luces enseguida. Tenía los ojos anegados de lágrimas.

# 21. El retrato

El doctor Frankl no hizo ningún comentario al ver llegar a la joven el lunes por la tarde. Ella tampoco se disculpó por haberse saltado la cita del viernes. Ya estaba suficientemente nerviosa con lo que tenía que contarle a su terapeuta.

Antes, sin embargo, se desvió hablándole de aquel escrito que había recibido al salir de la catedral.

—¿Había oído hablar de este objetor de conciencia, doctor?

—Si te soy sincero, no —dijo él apoyando la espalda en el respaldo —. La historia que me has contado me parece conmovedora y muy significativa. Demuestra de forma dramática lo que comentábamos sobre la libertad última del individuo. Pero no pienses que el sacrificio de Franz fue una gota en el desierto. Decenas de miles de personas, de todos los bandos, realizaron actos heroicos que nunca llegaremos a conocer. Cada una de estas vidas demuestra lo que significa ser humano, a pesar de las circunstancias.

Johanna se removió en su silla. La historia de Franz Jägerstätter quizás no era el mejor prólogo para lo que ella quería explicarle, pensó. De hecho, no se le ocurría nada peor.

Con todo, estaba decidida a hacerlo.

Su mano blanca y delgada sacó del bolsillo del abrigo una fotografía un poco arrugada. Era un retrato en primer plano. Alargó el brazo para que el médico pudiera verla.

—¿Reconoce a este hombre?

Viktor Frankl se quitó las gafas metálicas para limpiarlas con un pañuelo de hilo blanco. Cuando se las volvió a poner encima de la nariz, se acercó un poco más al retrato y, con un hilo de voz, contestó:

—Sí, creo que sí.

—Es mi padre.

Un silencio denso pareció detener el tiempo en el pequeño salón. Al ver que el doctor no reaccionaba de ninguna manera, Johanna tomó la palabra:

—Sería justo que ahora usted me echara de su casa.

—¿Por qué debería hacerlo? —dijo devolviéndole la fotografía.

—Porque soy hija de uno de sus verdugos. Aunque debo decir, a favor mío, que hace muy poco que he descubierto que mi padre

obtuvo un destino en Auschwitz. Ese es el motivo por el cual no me vio el viernes. Pensaba no volver jamás, pero creo que le debo una disculpa. Le pido perdón por todo el mal que mi padre y los que eran como él le hicieron a usted y a los suyos. ¿Me lo acepta, doctor?

—¡No! —gritó Frankl mientras se ponía de pie y se dirigía hacia la ventana.

Sobresaltada, Johanna pudo ver de refilón cómo el hombre se apartaba una lágrima del ojo.

Al volver al asiento, sin embargo, él le habló con dulzura:

—Siento haberte asustado con mi grito. Me he dejado llevar por la emoción.

Con las manos encima de las rodillas, la chica no se atrevía a decir nada. Al menos, se sentía aliviada por haberlo soltado.

—En primer lugar, Johanna, ningún hijo es culpable, ni de la forma más remota, de los pecados de sus padres. Tal como hablamos el primer día, cada persona responde de manera individual por sus actos.

Johanna respiró profundamente, a la espera de lo que Frankl tuviera que decirle.

—En segundo lugar, si hubieses desaparecido para siempre, sin decir nada, yo me habría quedado muy triste. Solo hemos hecho cinco sesiones, pero te tengo en mucha estima.

—El hecho de que sea hija de… ¿no cambia nada?

—¡En absoluto! Tú eres tú, él es él. Cada alma de este mundo tiene su propia lucha y la resuelve de la manera que mejor sabe.

—Aun así… —Johanna se mordió el labio—. Hay algo que quiero preguntarle, doctor, algo que necesito saber.

—Adelante.

—¿Cómo era mi padre?

—Eso lo sabes tú mucho mejor que yo.

—Quiero decir… —La voz le tembló—. ¿Cómo era mi padre allí, en el campo de concentración?

Viktor Frankl inspiró hondo antes de contestar:

—No era de los peores.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó, alterada—. ¿Le hizo daño? ¿Lo vio torturar a algún deportado?

—No recuerdo ningún hecho especial en el que participara —dijo recuperando la serenidad—. Cada mañana entraba en los barracones con una carpeta y hacía recuento de los internos, por eso lo he reconocido. Después se iba sin decir nada. Hasta que un día dejó de venir. No le volvimos a ver.

Johanna se aguantaba las ganas de llorar. No quería añadir su llanto a aquel momento. Su corazón necesitaba cada palabra que aquel hombre pudiera darle.

Con una sonrisa compasiva, Frankl añadió:

—Para mí, él era solo alguien que había extraviado el sentido de su vida. Por favor, conserva el recuerdo que tengas de tu padre. Aquel era el hombre de verdad.

Dicho esto, se puso de pie, dando la visita por acabada.

Ella le siguió hacia la puerta y después por el pasillo hasta la salida. Ya en el rellano, dijo:

—Gracias. Le quiero mucho, doctor.

—Y yo a ti, Johanna.

Mientras Frankl miraba cómo la joven bajaba las escaleras, un agradable calor se instaló en su cuerpo. No solo se había reconciliado con aquel soldado que formaba parte de su sufrimiento. La bondad y la compasión de su hija habían reforzado su fe en la humanidad.

# 22. Revelación en el Naschmarkt

La semana había pasado con la suavidad de una brisa que apenas mueve las hojas de los árboles.

Johanna se sentía mucho mejor. Siguiendo el consejo del doctor Frankl, cada día rescataba un episodio feliz de su infancia, recordando cómo eran las cosas antes de que el mundo se volviera loco.

Poco a poco, sentía que la losa del pasado quedaba un poco más atrás. Era imposible olvidarlo del todo, claro; había demasiadas cicatrices de la guerra, en el exterior de los edificios y en el interior de las personas. Pese a ello, el río del tiempo seguía avanzando.

Johanna se presentó a dos trabajos más. El primero era en el servicio de limpieza del hotel Sacher, que gestionaban las fuerzas británicas, pero las largas colas de candidatas acabaron desanimándola. En el otro, un taller textil, al menos apuntaron su nombre y le dijeron que volviera a pasar una semana más tarde, por si se abría otra vacante.

Cuando no estaba buscando empleo o ayudando a su madre con la casa, paseaba con Miles. Ya no tomaban chocolate y menos aún pastel, cosa que hizo pensar a Johanna que al chico se le habían acabado los dólares y los chelines. Por eso se prometió que, con el primer sueldo, sería ella quien lo invitaría. Su sueño era llevarlo a Griechenbeisel, un restaurante con quinientos años de historia que volvía a estar abierto.

Sus salidas diarias no habían pasado desapercibidas a su madre, que comenzaba a sospechar que Johanna tenía novio.

***

El último sábado antes de Navidad, madre e hija salieron a dar una vuelta por el *Naschmarkt*[4], que reunía a los estraperlistas de toda la ciudad. No podían comprar nada de lo que había en el mercado negro, pero era fascinante ver la variedad de artículos que ofrecían los vendedores ambulantes. Desde *delikatessen* que no se podían encontrar en ninguna tienda de la ciudad a recuerdos de guerra, uniformes soviéticos e incluso las prohibidas insignias nazis.

Fue al pasar por el lado de un hombre que les enseñó una gorra que, según aseguraba, había pertenecido al mariscal Rommel, cuando

la madre tiró del brazo de Johanna y le dijo:

—Salgamos de aquí. Necesito hablar contigo.

Mientras giraban por una callejuela que conducía a un descampado entre edificios en ruinas, Johanna se preguntaba intrigada qué querría su madre, que últimamente había recuperado parte de su energía.

Quizás la sometería a un interrogatorio sobre el chico misterioso con el que salía. O bien querría hablar del origen incierto de los alimentos que había conseguido, por no hablar del cristal de la ventana, sin sospechar que todo tenía una misma explicación.

Al llegar a un banco al lado de un muro caído, su madre le pidió que se sentara.

—No me interrumpas hasta que acabe de contártelo todo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —aceptó con todo el cuerpo en tensión.

—Sé que has encontrado las cartas de tu padre, y que has leído algunas.

Johanna quiso protestar, pero su madre levantó la mano para hacerla callar, tal como habían quedado.

—No te acuso de nada, yo hubiera hecho lo mismo. Lo cierto es que lamento no haberte confesado antes que tenía esa correspondencia. Pero había un motivo. —Su madre miró a un lado y a otro, para asegurarse de que estaban solas—. No sabía cómo explicarte lo que estaba sucediendo. Bastante difíciles eran las cosas para añadir más dolor a lo que ya estabas viviendo. Sobre todo, por lo que respecta al final de tu padre. Pero ha llegado el momento de que lo sepas.

Un temblor mucho más violento que el frío, porque venía de muy adentro, se apoderó del cuerpo de Johanna. Con la cabeza baja, se abrazó a sí misma mientras esperaba aquello que su madre estaba a punto de revelarle.

—Como ya has sabido, tu padre aceptó un cargo en Auschwitz, pensando que esto le alejaría del frente occidental, donde el Ejército estaba sufriendo una escabechina, y le acercaría a casa. Le habían prometido que, tras seis meses de servicio, obtendría un permiso para regresar a Viena.

—¿Y qué pasó? —preguntó Johanna, con un hilo de voz—. Tengo entendido que aquella región fue tomada por los rusos. ¿Lo mataron ellos?

—No. Murió antes. Lo supe por un compañero de tu padre que también estaba en el campo de concentración.

Johanna calló, totalmente aturdida, mientras esperaba saber más.

—Tu padre no resistió lo que vio en el campo de exterminio. A medida que pasaban los días y conocía más detalles de lo que sucedía allí, enfermó de los nervios. En la única llamada que me pudo hacer, una noche que tú ya dormías, lo encontré muy alterado. Me explicó

que había visto a unos soldados cubriendo una fosa con centenares de cuerpos esqueléticos. Aquella imagen lo perseguía día y noche. No podía dormir y sufría ataques de angustia.

—¿Qué más te contó en aquella llamada? —preguntó Johanna, temblando de los pies a la cabeza.

—Quería abandonar el campo, aunque no podía hacerlo antes de cumplir los seis meses acordados. Eso le habría convertido en un desertor.

—Y lo hizo —dijo sollozando.

—Sí, una noche tomó un vehículo del almacén para salir sin permiso del recinto. Al no obedecer el control, lo ametrallaron. —La madre hizo una pausa para respirar triste y profundamente—. No lo mataron los soviéticos, como quizás habías pensado. Lo abatieron los suyos.

# 23. Carta al más allá

*Querido papá:*

*Siento mucho haber estado tanto tiempo sin visitar tu tumba en el Cementerio Central. Te escribo esta carta por si, desde tu reposo en el más allá, existe alguna forma de que puedas leerla.*

*Reconozco que estaba furiosa contigo, y esto ha hecho que te diera la espalda. Pero debería estar enfadada conmigo misma por haberte juzgado con tanta dureza e ignorancia.*

*Me parece que este es un gran error humano: juzgar sin saber, generalizar, suponer, aceptar la verdad de otros como buena.*

*Tras escondérmelo durante mucho tiempo, ayer mamá me explicó tu final. Después nos abrazamos y lloramos mucho.*

*Mientras te escribo estas líneas, me siento mejor. En el fondo de mi corazón, yo sabía que jamás habrías podido aceptar lo que se hacía en los campos de exterminio. Por este motivo, aunque fuera un error formar parte de eso, admiro tu decisión de huir, a pesar de que te costó la vida. En tu lugar, yo habría hecho lo mismo.*

*A lo largo de las últimas semanas me han pasado cosas importantes, y siento que estoy cambiando.*

*Estoy saliendo con un chico que te gustaría, aunque pertenece a un pueblo que fue enemigo nuestro. Miles es noble de corazón y se preocupa por los demás, sin importarle en qué bando están. Por primera vez en mi vida, creo que estoy enamorada, y este sentimiento me asusta. Tengo miedo de que esto no salga bien y que me haga mucho daño, pero ¿qué es la vida si no se asumen riesgos, verdad?*

*Justo antes de conocerle, me quería morir. Entonces un médico me rescató. Se llama Viktor Frankl. Aunque es judío y lo ha perdido todo, me ha acogido y me ha hecho entender el verdadero significado de ser humana.*

*Él no cree que haya diferencias entre grupos étnicos, religiosos, políticos ni de cualquier otro tipo. Insiste en que la responsabilidad es siempre individual, ahí radica nuestra libertad.*

*Me ha confesado que, al terminar la guerra, escondió en su casa a personas con un pasado nazi para que no fueran ejecutadas. Las había conocido cuando él era director de neurología de un hospital para judíos y, a pesar de que comulgaban con Hitler, creía que tenían derecho a un juicio justo. También mantiene amistad por carta con un filósofo muy criticado ahora que se llama Martin Heidegger, que nunca ha renegado del*

*nacionalsocialismo. Frankl dice que, aunque no está de acuerdo con muchas de sus ideas, su filosofía contiene cosas valiosas.*

*¡Es increíble este hombre! Seguro que te hubiera gustado conocerle. Os habríais hecho amigos.*

*Sueño con un mundo en el que dejemos atrás la crueldad, y en el que el amor sea la única divisa entre la gente de todas partes. ¿Crees que algún día será posible?*

*Voy a ir acabando la carta, que me estoy poniendo triste. ¡Te echo tanto de menos…!*

*Papá, ahí donde estés, has de saber que jamás te olvidaré. Hasta hace poco no tenía ganas de vivir, pero ahora quiero tener una existencia que valga la pena. Me gustaría que te sintieras orgulloso de mí.*

*Te quiero, te quiero, te quiero.*

*Johanna*

# 24. Tarde de Navidad

Se habían citado delante del palacio de *Schönbrun* a las cuatro de la tarde. Como de costumbre, cuando Johanna llegó, Miles ya estaba allí. Estaba sentado en las escaleras desiertas de la que había sido la residencia de la emperatriz Elisabeth de Baviera.

Lo saludó con un beso en los labios antes de sentarse a su lado. Entonces se fijó en que, sobre las piernas, el chico tenía una caja de cartón con un lazo blanco.

—¿Qué es lo que llevas ahí dentro?

—Una sorpresa. Es tu regalo de Navidad.

—No hacía falta… —Y, a continuación, preguntó curiosa—: ¿Lo puedo abrir?

—Aún no —respondió, enigmático—. Podrás hacerlo cuando nos levantemos de aquí para irnos.

Sobre el cielo gris, los primeros copos de nieve empezaban a caer con su danza silenciosa. Quizás aquella noche de Navidad regalaría a Viena un manto blanco.

—No estoy segura de que esta cena vaya a salir bien —dijo Johanna, inquieta.

—¿Por qué?

—A mi madre no le gusta que seas americano. Y aún menos que tu padre trabaje para las fuerzas de ocupación. Es una mujer con carácter y no se callará lo que piensa.

—No sufras por eso —la tranquilizó Miles—. Si algo tiene mi padre es mano izquierda.

—Mi madre lo hará responsable de la destrucción de Viena, incluyendo la Ópera.

—Y él dirá: «Señora, yo no destruyo nada. Justamente he venido aquí a construir y reparar, como hemos hecho con su ventana».

Los dos se pusieron a reír imaginando la escena. Después se quedaron en silencio, mientras el cielo se deshacía lentamente sobre sus cabezas.

—Creo que cuando acaben las fiestas volveré a estudiar —anunció Johanna.

—Es una gran idea. ¿Qué te ha hecho tomar la decisión?

—Es una promesa que le he hecho a mi padre —se limitó a decir

ella.

—¿Le has escrito más cartas?

—Sí, y le he prometido que acabaré el instituto y que quizás, entonces, estudiaré una carrera.

—¿Qué carrera?

—Aún no lo sé —admitió Johanna—, pero no pienso quedarme de brazos cruzados esperando a que pasen cosas. Quiero hacer que sucedan.

—¿Así que ya has encontrado el sentido de tu vida? —preguntó, admirado.

—Casi.

—¿Cómo que «casi»?

Ella apartó un copo de nieve de su nariz y le explicó:

—He llegado a la conclusión de que la vida no tiene un Gran Sentido, una misión divina que aparece de repente para que la cumplas. El sentido se encuentra haciendo camino. Cuando alguien está quieto, no encuentra sentido a nada. Esto ya lo he vivido. Pero cuando te pones en movimiento, la vida te va mandando señales y ya no te sientes perdido.

—Una teoría interesante —dijo Miles—. Sobre todo porque creo que lo que vas a encontrar aquí dentro te ayudará a descubrir señales.

—¿En serio?

—Sí, ya lo puedes abrir.

Johanna le arrebató la caja y la sopesó antes de abrirla. Pesaba bastante.

—No tengo ni idea de lo que puede haber aquí dentro.

—Ahora lo sabrás...

Llena de curiosidad, deshizo el lazo blanco y abrió la tapa de cartón. Al ver el contenido, no pudo reprimir un grito.

—¡Un par de botines!

Los sacó emocionada y pasó un dedo sobre la fina piel de cuero negro.

—¡Son totalmente nuevos! ¡Y de mi talla!

—Claro. Los han hecho especialmente para ti. En el cine medí tu pie con mis manos —le explicó guiñándole un ojo—. ¿Por qué crees que hace semanas que no tengo dinero? ¡Di todo lo que me quedaba al zapatero!

Después de besarlo, Johanna se quitó los zapatones gastados e introdujo cada uno de los pies en aquel calzado que le encajaba como un guante.

—Intenta caminar —la animó él.

Johanna dio un paso para comprobar que fueran cómodos. Y después otro. A continuación, bajó las escaleras dando saltos. Se sentía más ligera que nunca.

—Yo todavía no tengo ningún regalo para ti.

Miles dio un manotazo en el aire como queriendo decir: «Da igual».

A continuación, se dirigieron al restaurante donde el ingeniero los invitaba a cenar.

Con cada paso que daba, Johanna sentía que no solo los botines eran nuevos, sino también el camino que, tras un largo desierto, la llevaba por fin hacia el futuro.

—¿Te hace ilusión que pasemos esta noche de Navidad juntos? —le preguntó ella.

—Sí, pero no tengo suficiente —contestó Miles.

—¿Ah, no? —protestó Johanna, agarrando su mano—. ¿Qué más necesitas?

—Necesito pasar contigo todas las Navidades de mi vida.

A mis amigos vieneses, muy especialmente a Gregor Jasch, que me abrió las puertas del pasado de su ciudad, y a su venerable madre, por aportar su valioso y exhaustivo testimonio sobre la guerra y la posguerra.

Al director del Museo del Tercer Hombre, por mantener viva la historia de Europa y enseñarme cada rincón de la Viena ocupada.

A los entusiastas curadores del Centro Viktor Frankl de Viena, por asistirme en todas mis dudas y mantener su legado, y a su viuda, que aún vive en el piso original de *Mariannengasse*.

A Katinka Rosés, por ayudarme a fijar la versión española de la novela.

A Reina Duarte, por enamorarse de la historia de Johanna y Viktor Frankl.

A Care Santos, por su amistad y cariño.

A Sandra Bruna, siempre, por encontrar un hogar para cada historia.

*«La felicidad es amor, nada más.*
*Quien sabe amar es feliz».*

HERMANN HESSE

Notas al final

1 . Saludo muy común en Austria y Baviera que literalmente quiere decir ‘Saludo a Dios’.

2 . Pastel caliente tradicional elaborado con manzana, canela y pasas.

3 . Ternera en conserva.

4 . Mercado de calle popular que se extiende más de un kilómetro a lo largo de la calle Wienzeile.



# JOHANNA Y EL DR. FRANKL

En 1948, tras la Segunda Guerra Mundial, Viena está destrozada. Apenas hay comida y cuesta encontrar empleo. Johanna, a sus dieciséis años, aspira a trabajar de camarera en una cafetería; debe mantener a su madre, hundida en la depresión desde que su padre murió en el frente. Al no conseguir el trabajo, el mundo se le cae encima. Sin embargo, ese mismo día un encuentro casual con un psiquiatra que sufrió la persecución nazi y con un joven norteamericano que la entrevista para un artículo le ayudarán a encontrar la motivación para vivir.






www.edebe.com

# Table of Contents